

PUNTO

ROJO



MISION PARA UN EX POLICIA

Joseph Berna



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.414- ¡Muerto a estribor!

En Colección **KANSAS:**

843 - La elección de Miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO:**

841 - Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

411 - Contigo pan y revólver.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

353 - La ley es pelirroja.

En Colección **PUNTO ROJO:**

869 - ¿Quién diablos soy yo?

JOSEPH BERNA

MISIÓN PARA UN EXPOLICÍA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 881

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 2.183 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1979

© Joseph Berna - 1979

texto

© Miguel García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Larry Norton estaba en pleno desayuno, cuando sonó el timbre de su apartamento.

Soltó un gruñido, porque una de las cosas que más le contrariaban, era que le interrumpiesen en las comidas.

Dejó sobre la mesa la rebanada de pan tostado cubierta de mermelada de albaricoque que estaba mordiendo, se levantó del sofá y acudió a abrir.

—Tú tenías que ser —masculló, apenas tirar de la puerta.

—Hola, Larry —sonrió Alec Jackson, el hombre que había pulsado el timbre, de unos treinta y cinco años de edad, alto, corpulento. Vestía un traje oscuro y usaba sombrero.

—Hola, Larry... —repitió Norton, entre dientes.

—¿Qué pasa, soy inoportuno?

—Muy inoportuno.

—¿Te he sacado de la cama?

—No.

—Como vas en pantalón de pijama... Así era.

Larry Norton, un tipo de talla similar a la de Alec Jackson, y fuerte constitución, también, había acudido a abrir en pantalón de pijama.

No llevaba otra cosa encima. Incluso iba descalzo.

—¿Qué quieres, Alec? —inquirió Norton, sin desarrugar el ceño.

—Tengo que hablar contigo, Larry —carraspeó Jackson.

—Vuelve dentro de media hora.

—¿Por qué?

—Estoy desayunando, Alec.

—¿Quién te ha pedido que me invites?

—No es eso, Alec. Me molesta hablar cuando estoy comiendo, y tú lo sabes.

—Esperaré a que termines, no te preocupes.

—Es que también me molesta que me miren cuando como.

—Miraré hacia otro lado —prometió Jackson.

Larry Norton maldijo por lo bajo.

—¿Es que no voy a poder librarme de ti, Alec?

—Me temo que esta mañana no, Larry. El asunto que me trae es muy importante, y no admite demora.

Norton se pasó la mano por el cabello, negro y espeso.

—Está bien, pasa —accedió, dejando escapar un suspiro de resignación.

—Gracias, Larry —sonrió Jackson, penetrando en el apartamento, reducido, pero decorado con buen gusto.

Larry Norton cerró la puerta y regresó al *living*, en cuya mesa se había servido el desayuno. Se sentó de nuevo en el sofá y siguió comiendo, el ceño siempre fruncido. Alec Jackson, tras curiosear un poco por el apartamento, preguntó:

—¿Estás solo, Larry?

—No.

Jackson desvió rápidamente los ojos hacia el dormitorio de Norton, cuya puerta permanecía cerrada.

—¿Quién está contigo?

—Raquel Welch. No hables alto o la despertarás —advirtió Norton, muy serio, y le dio un nuevo mordisco a la rebanada de pan tostado cubierta de mermelada.

Alec Jackson se quedó con la boca abierta. Pero sólo permaneció así unos segundos. Luego rompió a reír y exclamó:

—¡Eso quisieras tú, haber pasado la noche con Raquel Welch!

Norton no respondió.

Continuó con su desayuno. Jackson preguntó:

—¿Te importa que eche un vistazo a tu dormitorio?

—¿A mi dormitorio... o a Raquel Welch?

—¡Ojalá estuviera! —rió de nuevo Jackson.

—No hay nadie en mi dormitorio, Alec —hizo saber Norton.

—Discúlpame, pero debo asegurarme, antes de exponerte el asunto que me ha traído a tu casa.

—¿No te basta con mi palabra?

—En esta ocasión, no.

—Está bien, haz lo que quieras —gruñó Norton.

Alec Jackson fue hacia el dormitorio de Larry Norton. Abrió la

puerta, procurando no hacer ningún ruido, y se introdujo en él.

Un par de minutos después salía de la habitación, con algo en las manos. Era una prenda femenina.

Una prenda íntima. Un sujetador...

Jackson se lo mostró a Norton.

—¿De quién es esto, Larry...?

—De Raquel Wellch.

Jackson observó mejor la prenda, transparente, de excelente calidad.

—Por la talla, no hay duda de que podría ser... —repuso, con malicioso gesto.

—La chica, en ese aspecto, no tenía nada que envidiar a la Wellch —dijo Norton, sonriendo por primera vez.

—¿Se marchó ya?

—¿Quién?

—La chica que ha dormido contigo.

—Sí, hace un rato.

—¿Sin «esto»...? —Jackson sacudió el sujetador.

—No lo necesita, te lo aseguré —volvió a sonreír Norton.

—Grandes y firmes, ¿eh?

—Tú lo has dicho.

Alec Jackson dejó caer la sugestiva prenda femenina sobre una butaca.

—¿Cuándo vas a cambiar de vida, Larry?

—Siempre que nos vemos, me haces la misma pregunta —masculló Norton.

—Tienes treinta y seis años, Larry.

—¿Y qué?

—Que ya deberías llevar por lo menos diez casado, y ser padre de dos o tres hijos.

—Estoy muy bien soltero.

—¿Quién te cuida, cuando estás enfermo?

—Yo nunca estoy enfermo; soy un tipo muy sano.

—Dormir cada noche con una mujer distinta... —rezongó Jackson.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Es más sano dormir siempre con la misma.

—Pero mucho más aburrido.

—Yo no me aburro en absoluto, te lo aseguro.

—Porqué estás muy enamorado de tu mujer.

—Sí, cada día que pasa, la quiero más.

—Me alegro.

—Deberías seguir mi ejemplo.

—No puedo casarme con Norma, ya te has casado tú.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Te lo dije antes y te lo repito ahora: estoy muy bien soltero. Y cambiemos de tema, por favor.

—Yo te aprecio, Larry.

—También yo te aprecio a ti, Alec. ¿Te aconsejé, acaso, que renunciaras a tu placa, cuando yo renuncié a la mía? No, señor.

La nostalgia afloró en el curtido rostro de Alec Jackson.

—No debiste renunciar, Larry. Eras un buen detective.

—Ya discutimos eso en su momento, Alec. Será mejor que lo dejemos.

—Si hubieras seguido en el Cuerpo, ahora serías teniente, como yo.

Larry Norton sacudió la cabeza.

—No podía seguir en el Cuerpo, Alec. Había cosas que no me gustaban, que no iban con mi carácter. Lo mejor era renunciar, y eso hice.

—Y desde entonces te dedicas a la investigación privada...

—Sí; me gusta.

—No hay mucha diferencia entre un policía y un investigador privado, Larry.

—Te equivocas, hay una gran diferencia. Como no recibes órdenes de nadie, puedes actuar con entera libertad. Si te tropiezas con un tipo que se merece un puñetazo en las narices, se lo puedes dar tranquilamente. Y, si se merece más, también. Un policía no puede hacer eso, Alec, tú lo sabes.

Jackson no replicó.

Se limitó a extraer sus cigarrillos y ofreció la cajetilla a Norton.

Como éste ya había acabado de desayunar, cogió uno y se lo puso en los labios. Jackson hizo lo propio.

Luego, sacó su encendedor de gas y lo accionó, acercando la llama al cigarrillo de Norton.

Cuando ambos hubieron encendido sus respectivos cigarrillos,

Alec Jackson se dejó caer en el sofá, junto a Larry Norton.

—¿Has oído hablar de Raymond Corwin, Larry?

—¿Te refieres al propietario de las Industrias Corwin?

—Sí.

—Claro que he oído hablar de él —asintió Norton—. Debe haber muy poca gente en Chicago que no haya oído pronunciar su nombre alguna vez.

—Ha muerto.

—¿Qué?

—Se lo han cargado. Esta misma mañana.

Tras unos momentos de silencio, Norton inquirió:

—¿Cómo ocurrió?

—Un tipo le disparó, en la calle, desde un coche. Le alojó tres plomos en el pecho y se largó a toda prisa.

—¿Alguna pista del asesino?

—Una joven, que salía en aquellos momentos de su casa, para dirigirse a su trabajo, pudo verle la cara. La muchacha, cumpliendo con su deber, se presentó en el Departamento y declaró haber presenciado el crimen. Le mostramos el fichero. A los pocos minutos, había identificado al asesino.

—¿Su nombre?

—¿El de la chica o el del asesino?

—El del tipo, diablos.

—Lenox. Teddy Lenox.

—Teddy Lenox... —repitió Norton, quedamente.

—Te suena, ¿verdad?

—Sí. Es un pistolero muy eficiente.

—Trabaja para Frank Hartman.

—Buen pájaro, también.

—Una jaula espera a ese buen «pájaro», Larry. Y no precisamente de oro.

—Es difícil pillar a Frank Hartman, Alec.

—Tan difícil, que llevamos varios años intentándolo, sin éxito. Pero esta vez lo cogeremos, Larry.

—Lo dudo.

—Tenemos un testigo del crimen —recordó Jackson.

—Otras veces los habéis tenido, pero ninguno vivió lo suficiente como para poder declarar en el juicio.

—Sí, lo sé. Pero esta vez será distinto, Larry.

—¿Qué te hace suponer eso?

—En primer lugar, que Frank Hartman no sabe que alguien vio disparar a Teddy Lenox sobre Raymond Corwin.

—Lo sabrá. Hartman siempre se entera de todo. Es como si tuviera un micrófono en el Departamento.

Alec Jackson entrecerró los ojos.

—¿Estás insinuando que alguien del Departamento...?

—¿Por qué no? ¿Por qué hemos de creer que todos los policías son honrados?

Jackson no replicó.

Norton le apuntó con un dedo y aconsejó:

—Cuida bien de esa muchacha, Alec, si quieres que esté viva el día del juicio.

Los ojos de Alec Jackson brillaron extrañamente.

—Tú cuidarás de ella, Larry.

Larry Norton dio un respingo.

—¿Cómo has dicho...?

—Por eso estoy aquí, Larry.

—Estás loco, si piensas que voy a hacerme responsable de la vida de esa muchacha.

—Eres la persona más indicada.

—No digas tonterías.

—En ti confío más que en cualquiera de mis hombres.

—Eso dice muy poco en favor del Departamento, ¿no crees?

—Lo sé. Pero tú mismo has insinuado antes que alguien del Departamento puede estar comprado por Frank Hartman. Y, aunque me duela admitirlo, es posible que tengas razón. Si es así, Hartman ya debe saber que una joven llamada Helen Bradford vio a Teddy Lenox disparar sobre Raymond Corwin, y estará planeando el modo de cerrarle la boca para siempre.

—A ti te corresponde impedirlo.

—Y lo impediré, si no me niegas tu colaboración.

—Yo ya no soy policía, Alec.

—Pero eres mi amigo. Y los amigos, cuando lo son de verdad, se ayudan si se necesitan. Y yo te necesito, Larry.

Norton se levantó del sofá y comenzó a pasear por la estancia. Pensativo.

De pronto, se detuvo y exclamó:

—¿Dónde podría yo llevar a esa Helen Bradford, vamos a ver?

—Eso es cosa tuya, Larry. Pero, sea donde sea, no debes decírselo a nadie —respondió.

Jackson.

—¿Ni siquiera a ti?

—Ni siquiera a mí. Sólo tú debes saber dónde la llevas.

—¿Y cuánto tiempo debo mantener oculta a la muchacha? —preguntó Norton.

—Hasta el día del juicio.

—¿Qué será...?

—Todavía no lo sé. Cuando lo sepa, ya te lo comunicaré.

Norton entornó un ojo.

—¿Cómo vas a comunicármelo, si no sabrás dónde estoy? Alec Jackson sonrió suavemente.

—Cada noche, a las once en punto, me telefonearás. Pero no al Departamento, sino a casa. De ese modo, yo sabré que tanto la muchacha como tú estáis bien, y podré darte instrucciones, caso de que sea necesario.

—Supongamos que donde llevo a la chica no hay teléfono.

—Si no lo hay en ese lugar, lo habrá cerca. Vas hacia allí y me telefoneas.

—Será una lata —masculló Norton.

—No te preocupes, se te recompensará.

Larry Norton se envaró.

—¿Me estás ofreciendo dinero, Alec?

—Por cuidar de la chica, ni un centavo. Te conozco bien, y sé que no lo aceptarías. Pero no es justo que tú corras con los gastos que ello te ocasione. Anótalos todos y se te abonarán cuando todo haya acabado.

—Suponiendo que acabe bien...

Alec Jackson volvió a sonreír.

—No dudo de que así será. Nadie sabe que he venido a hablar contigo. Y nadie sabrá a quién confié la custodia de Helen Bradford. Ambas cosas, unidas al hecho de que ni siquiera yo sabré dónde llevas a la chica, garantizan plenamente el éxito de tu misión. A Frank Hartman le será imposible dar con la muchacha.

—Dios te oiga.

—Anda, corre a vestirte, Larry. No podemos perder más tiempo.

—Sí, hombre, encima con prisas... —Gruñó Norton, y caminó hacia su dormitorio, donde se introdujo.

Jackson esperó a que cerrara la puerta y entonces murmuró:

—Si supieras lo bonita que es esa joven, no refunfuñarías...

CAPÍTULO II

Frank Hartman se hallaba en el gimnasio que tenía instalado en su magnífica casa, ubicada a unos veinte kilómetros de la gran ciudad.

Todas las mañanas dedicaba una hora, como mínimo, a ejercitar su cuerpo. Un cuerpo robusto y elástico, pese a que Frank Hartman rondaba ya los cuarenta años.

No los aparentaba, hay que decirlo. La gimnasia diaria le mantenía joven. Y otros cuidados, claro.

Sauna... Masajes...

Una alimentación adecuada...

Practicaba, además, cuatro deportes fundamentales: judo, karate, natación y tenis. Así estaba él, de ágil y fuerte.

Frank Hartman, enfundado en un chándal azul, húmedo ya de sudor, porque llevaba casi cincuenta minutos ejercitándose, atrapó las pesas de cien kilos y las levantó por encima de su cabeza, en tres tiempos.

Las mantuvo así unos instantes, resoplando a causa del esfuerzo que ello suponía.

Lucille Gannon le observaba.

Con un destello de admiración en sus picaros ojos. Lucille Gannon era la actual amiguita de Frank Hartman.

Una pelirroja alta y de curvas pronunciadas, que sólo tenía veintidós años. También ella llevaba chándal, aunque no por su gusto.

Hartman la obligaba a ponérselo para bajar al gimnasio.

Lucille bajaba al gimnasio sólo por complacer a Hartman, pues ella era poco amante de mover el esqueleto.

De moverlo en un gimnasio, claro.

En la pista de cualquier club nocturno, ya era otra cosa. Y no digamos en la cama...

Ése era su deporte favorito: hacer el amor.

Frank Hartman también lo practicaba, pero no con la asiduidad que Lucille Gannon hubiera deseado.

Ése era el problema.

Problema que Lucille se esforzaba por resolver, poniendo en juego toda su astucia y malicia de mujer. Amén de su espléndido cuerpo, naturalmente.

Pero no siempre le acompañaba el éxito.

Aquella mañana, sin embargo, Lucille tenía la corazonada de que iba a conseguir que Hartman cayese en sus brazos. Y se dispuso a ello.

Ni corta ni perezosa, se bajó la cremallera del chándal y se despojó de él, sin dejar de mirar a Frank Hartman.

Éste no pudo evitar el distraerse por un momento, pues Lucille, bajo el chándal, sólo llevaba un minúsculo pantaloncito.

Frank Hartman pagó cara su distracción, pues le cayeron las pesas al suelo y, por sólo unos cinco centímetros, no le dejaron el pie zurdo hecho puré.

—¡Frank! —gritó Lucille, asustada, porque vio que Hartman pegaba un salto, y no sabía si las pesas le habían triturado el pie o no.

Frank Hartman rezongó una maldición.

Lucille Gannon corrió hacia él.

Huelga decir que era todo un espectáculo verla correr así, cubierta tan sólo con aquel diminuto pantaloncito.

Se detuvo a medio metro escaso de Hartman.

—¿Te has hecho daño, Frank...? —inquirió, mirándole los pies. Hartman, que le estaba mirando otras cosas a ella, gruñó:

—No, pero he podido hacérmelo. Y todo por tu culpa. Lucille pareció llenarse de sorpresa.

—¿Por mi culpa...?

—¿Por qué te has despojado del chándal?

—Porque me daba calor. Con el ejercicio, se suda y...

—¿Qué ejercicio, si no has hecho más que dar unos cuantos saltitos desde que hemos bajado?

—También he realizado flexiones, Frank...

—Muy pocas.

—Las necesarias, para mantener la forma.

—Te moverías con mayor agilidad, si ejercitaras más tu cuerpo.

Lucille sonrió malévolamente.

—¿Tienes alguna queja de mis movimientos, Frank...? —ronroneó, echándole los brazos al cuello.

Hartman soltó un carraspeo.

—Ve a ponerte el chándal, Lucille.

—¿Por qué?

—Podría entrar alguno de los muchachos y...

—No entrarán, estoy segura.

—No me gustaría que te vieran así, Lucille.

—No me verán, descuida.

—Lucille...

—Abrázame, Frank —pidió la pelirroja, pegándose a él como la cola de pino, al tiempo que le hurgaba en la nuca.

Hartman estuvo a punto de hacerlo, pero supo contenerse.

—Aquí no, Lucille —dijo, separándose bruscamente de ella.

—¿Por qué?

—No es el lugar apropiado.

—Cualquier lugar es bueno, cuando se sienten deseos de...

—Luego, Lucille.

—¿Luego de qué?

—De los ejercicios. Nos daremos un baño en la piscina y subiremos arriba.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —sonrió Hartman—. Anda, corre a ponerte el chándal —apremió, y le dio una palmada en la redonda cadera.

Lucille Gannon fue hacia donde yacía el chándal.

Pero no fue corriendo.

Ni siquiera caminando deprisa. Lo hizo despacio.

Recreándose en cada movimiento. Y qué movimientos...

Los ojos de Frank Hartman se clavaron como dardos en la tentadora grupa de la pelirroja.

Faltó un pelo para que mandara al cuerno los ejercicios gimnásticos que le quedaban por hacer y echara a correr detrás de ella.

Lucille se detuvo junto al chándal y se agachó para recogerlo. Y cómo se agachó...

Hartman cerró los ojos, en un último intento de vencer la

tentación.

No pudo.

Seguía viendo a Lucille en aquella posición. Una posición de película erótica.

De película «porno», casi.

O sin el «casi».

El deseo fue más fuerte que su voluntad y, sin que su cerebro diera orden alguna, sus piernas se pusieron en movimiento y Frank Hartman se vio caminando hacia Lucille.

Ella le vio acercarse, por el rabillo del ojo. Sonrió.

¡Su corazonada no le había fallado!

Se irguió y se volvió hacia Hartman, olvidándose por completo de su chándal.

—Frank... —pronunció, con gaturrona voz.

—Lucille... —repuso Hartman, un tanto roncamente, porque tenía la boca seca. La pelirroja retrocedió.

No, no huía de Hartman.

Sólo trataba de alcanzar la colchoneta que permanecía extendida en el suelo, a pocos metros de ella, delante de un potro.

Les sería muy útil.

El potro, no; la colchoneta.

Al menos, eso pensaba la ardiente Lucille. Pero no fue así.

No pudieron disfrutar de la colchoneta. Ni de la colchoneta, ni de nada.

La culpa la tuvo Monty, uno de los matones de Frank Hartman, cuya madre debió ser una fumadora empedernida, pues Monty, su único hijo, le salió con cara de mechero. Monty entró en el gimnasio justo en el momento en que Frank Hartman y Lucille Gannon se tendían sobre la colchoneta.

No pudo ser, pues, más inoportuno. Hartman rezongó una imprecación.

—¿No te dije que éste no era el lugar apropiado, Lucille?

La pelirroja, enormemente contrariada por la aparición del gorila, pidió:

—Dile que se largue, Frank.

Hartman, que procuraba cubrir con su cuerpo el cuerpo de Lucille, para evitar que Monty viera cosas que sólo él tenía derecho a contemplar, masculló:

—¿Qué diablos, quieres, Monty?

Cara de Mechero, que adivinaba lo que estaba sucediendo, carraspeó y anunció:

—Teddy Lenox está aquí, jefe.

—¿Lenox? —Respingó Hartman.

—Sí. Y quiere hablar con usted.

—Enseguida salgo.

—Bien, jefe.

Monty salió del gimnasio, cerrando la puerta. Frank Hartman dio un suspiro y se irguió.

—Lo siento, Lucille —dijo, dándole un lánguido repaso con la mirada.

—¿No puede esperar unos minutos ese Lenox...? —preguntó ella, desilusionada.

—Sí, pero yo no quiero hacerle esperar. Me trae noticias. Noticias muy importantes. Tengo que verle enseguida.

—¿Te llevará mucho tiempo, Frank?

—No creo.

—Entonces, te espero aquí.

—No, sube arriba. Allí no nos sorprenderá nadie.

—Me hacía tanta ilusión que nos amáramos en el gimnasio...

—Haz lo que te digo, Lucille.

—Está bien, Frank.

Hartman caminó raudo hacia una de las puertas del gimnasio, la que había utilizado Monty, y salió de la sala.

Aquella puerta daba al jardín.

Un jardín extenso, cuidado, precioso.

Cerca de la piscina, magnífica, junto a Monty y Bruno, otro de los matones de Hartman, aguardaba Teddy Lenox, el pistolero profesional que estaba actualmente a las órdenes de Frank Hartman.

Éste fue rápidamente hacia él.

—Te estaba esperando, Lenox.

—Pues aquí me tiene, señor Hartman —sonrió el pistolero, un tipo alto y espigado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aguileña, labios finos, mentón afilado.

—¿Ha salido todo bien?

—¿Acaso alguna vez salió mal? —repuso presuntuosamente Lenox. Frank Hartman sonrió ampliamente.

—Ya sé que eres un tipo muy eficiente, Lenox. Por eso trabajas para mí.

—Soy de lo mejorcito que existe en el país. Y perdone por la falta de modestia, señor Hartman.

Frank Hartman rió.

—Dame los detalles, Lenox.

El pistolero lo hizo.

—¿No te vio nadie disparar sobre Corwin? —interrogó Hartman.

—Absolutamente nadie.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Magnífico.

—¿Algún «encargo» más, señor Hartman?

—No, por el momento, no. Aunque es posible que pronto surja algo.

—Llámeme cuando me necesite.

—Lo haré, Lenox.

El pistolero carraspeó levemente.

—¿Va a entregarme ahora la suma convenida, o vuelvo otro día?

—No, ahora mismo te pago —sonrió Hartman—. Vamos a mi despacho.

Echaron a andar los dos hacia la casa.

Apenas habían dado unos pasos, cuando el teléfono que descansaba sobre una pequeña mesa, muy baja, entre dos tumbonas y bajo una sombrilla, se puso a sonar.

—¡Contesta tú, Monty! —indicó Hartman.

Cara de Mechero fue hacia el teléfono y tomó el auricular. Hartman y Lenox siguieron caminando.

Estaban a punto de penetrar en la casa, cuando Monty llamó:

—¡Jefe!

Hartman se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre, Monty?

—¡Es «Búfalo Rojo»! ¡Quiere hablar con usted urgentemente! Frank Hartman endureció el gesto.

«Búfalo Rojo» era el nombre clave que utilizaba el policía que le facilitaba información, a cambio de una respetable suma mensual.

Hartman miró un instante a Teddy Lenox.

—Con que todo había salido bien, ¿eh, Lenox?

—¡Seguro! —insistió el pistolero.

—La llamada de «Búfalo Rojo» parece afirmar lo contrario — masculló Hartman, y se dirigió rápidamente hacia el teléfono.

Lenox le siguió.

Hartman habló con el policía.

Cuando colgó el auricular, su cara era granito puro. Miró a Teddy Lenox y comunicó:

—Alguien te vio liquidar a Corwin, Lenox.

—¡Imposible! ¡No había nadie en la calle! —aseguró el pistolero.

—Sí había alguien, Lenox. Una muchacha. Tú no la viste a ella, pero ella si te vio a ti. Minutos después, te identificaba en el Departamento. El teniente Jackson ya sabe que tú asesinaste a Raymond Corwin. Y también sabe por qué: porque yo te lo ordené.

—¿Cómo se llama la chica? —preguntó Lenox.

—Helen Bradford.

—Tenemos que darle el pasaporte, señor Hartman.

—Y cuanto antes —estuvo de acuerdo Frank Hartman.

CAPÍTULO III

Larry Norton detuvo su automóvil, un «Ford» gris. El lugar era apartado y solitario.

Había muchos árboles.

Algunos de éstos, sin embargo, habían sido talados recientemente, dejando un claro circular de unos cincuenta metros de diámetro.

Suficientes para que un helicóptero pudiera tomar tierra en él. Norton salió del coche.

Mientras aguardaba la llegada de Alec Jackson y Helen Bradford, encendió un cigarrillo. Casi lo había consumido totalmente, cuando su fino oído detectó el ruido de un motor. Levantó la cabeza, porque el ruido venía del cielo.

No tardó en aparecer en él un pequeño helicóptero. Segundos después, el aparato se posaba suavemente en el centro del claro.

Alec Jackson, el hombre que lo pilotaba, paró el motor. Larry Norton no se movió de donde estaba.

Se limitó a arrojar el resto del cigarrillo.

Jackson descendió del helicóptero y ayudó a bajar a Helen Bradford.

Como las hélices aún giraban con potencia, el remolino de aire que ocasionaban le jugó una mala pasada a la muchacha, pues le levantó bruscamente la falda.

Y nada menos que hasta la cintura. Larry Norton no se perdió detalle. El «*slip*» era rojo.

Pequeño.

La mar de sugestivo.

Los muslos, largos, delgados, esbeltos... Tremendamente sugestivos, también.

Helen Bradford dio un gritito y se bajó la falda con ambas manos.

Alec Jackson la tomó por el codo y tiró de ella, mientras se sujetaba el sombrero con la otra mano, pues corría el riesgo de perderlo.

Salieron los dos del remolino, cuya fuerza iba cediendo por momentos, a medida que las hélices perdían impulso.

Larry Norton continuó inmóvil, recostado contra su coche.

No apartaba los ojos de la muchacha testigo del asesinato de Raymond Corwin. Le concedió unos veinticuatro años.

Su pelo, corto, era rubio platino; sus ojos, grandes y azules; su boca, bien trazada y sensual...

Un rostro muy atractivo, en suma.

Sus senos no eran excesivamente abultados, pero sí firmes y armoniosos. Tampoco la curva de sus caderas era exagerada.

Un cuerpo, en conjunto, estilizado y perfecto, ni sobrado ni falto de centímetros en parte alguna.

A Larry Norton empezó a gustarle la tarea encomendada por Alec Jackson. Éste y la muchacha ya estaban junto a él.

—¿Hace mucho que esperas, Larry? —preguntó Jackson.

—No.

—Te presentó a Helen Bradford.

—Mucho gusto —sonrió cortésmente Norton, ofreciendo su diestra a la joven. Se quedó con la mano en el aire, porque Helen Bradford no movió la suya.

Norton miró a Jackson, como preguntándole: «¿Qué mosca le ha picado a la chica?» Alec Jackson tosió ligeramente.

—Discúlpala, Larry. No está de muy buen humor —explicó.

—Eso es poco. ¡Estoy que muerdo! —barbotó la muchacha, y la expresión de su cara pareció confirmarlo.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Norton.

—¡Que se lo diga el teniente!

Norton volvió a mirar a Jackson.

—Dímelo tú, teniente —rogó, con ironía.

Alec Jackson carraspeó.

—Helen no quiere comprender que hacemos todo esto por su bien. Por su gusto, ahora estaría despachando tranquilamente en los almacenes donde trabaja como dependienta.

—¿En serio...?

—¡Sí, señor! ¿Qué pasa? —gritó la joven, agresiva.

—Diablos, vaya geniecito... —rezongó Norton.

—¡Ni genio ni porras!

Norton la apuntó con un dedo.

—Oiga, a mí no me grite —advirtió, ceñudo.

—¡Yo grito siempre que quiero!

—Entonces, no hay duda.

—¿De qué no hay duda?

—De que es usted una mal educada.

—¡El mal educado lo será usted! —replicó Helen Bradford, los ojos chisporreantes de furia.

Los de Larry Norton despidieron un centelleo.

—¿Quiere ver cómo le pongo las posaderas coloradas a palmadas?

—¡Atrévase a rozarme siquiera con sus sucias manos y le saco los ojos! —amenazó la muchacha, mostrándole las uñas.

Norton hizo ademán de atraparla con sus manos, pero Jackson le detuvo.

—¡Quieto, Larry!

—Suéltame, Alec. Voy a darle su merecido a esa niña estúpida —dijo Norton, escupiendo materialmente las palabras.

—¡Usted no da ni el peso en una báscula! —repuso Helen Bradford, burlona.

La cara de Norton se congestionó.

—¡Déjame, Alec! ¡Le voy a poner las nalgas moradas!

—¡Calma, Larry! —rogó Jackson, sujetándole con fuerza.

—¡Necesita un severo correctivo!

—¡Y usted un buen afeitado! —replicó Helen.

Norton siguió forcejeando con Jackson.

—¡Larry, por favor! —gritó el policía.

—¡Voy a comérmela cruda, Alec!

—¡Usted no se come ni una patata frita! —espetó la muchacha.

—¡Ni los huesos, voy a dejar!

—¡Larry! —gritó de nuevo Jackson—. ¡Serénate, maldita sea!

Larry Norton dejó de forcejear con su amigo.

Resoplando de furia, dijo:

—Puedes soltarme, Alec.

—¿Me das tu palabra de que no...?

—No temas, no la tocaré.

—¡Naturalmente que no me tocará! ¿O acaso se cree usted mi novio...? —dijo Helen Bradford, sarcástica.

—Antes me tendería en la vía del tren —repuso Norton.

—¡Grosero!

—Váyase al diablo.

—¡Váyase usted!

Norton miró a Jackson.

—Te dije que podías soltarme, Alec.

Éste lo hizo, aunque permaneció entre Norton y la muchacha, por si acaso. Pero Larry Norton no intentó nada contra Helen Bradford.

Dio media vuelta y abrió la portezuela del coche.

—Hasta la vista, Alec —dijo, y se introdujo en el auto, cerrando la portezuela con brusquedad.

—¡Que te olvidas de la chica, Larry! —exclamó Jackson.

—Tendrás que cuidar tú de ella, Alec. Yo, renuncio.

—¡No puedes hacerme esto, Larry!

—Claro que puedo.

—¡Te comprometiste a cuidar de la chica!

—Eso fue antes de conocerla. Ahora, no cuidaría de ella ni por todo el oro del mundo.

—¡Sé razonable, Larry!

—Adiós, Alec.

Norton se dispuso a hacer girar la llave de contacto. Jackson metió velozmente el brazo por la ventanilla y se apoderó de las llaves.

—¡Alec! —rugió Norton.

—Lo siento, Larry.

—¡Devuélveme las llaves inmediatamente!

—Lo haré cuando hayamos hablado con calma.

Norton escupió un improperio y salió hecho una furia del coche.

Jackson retrocedió un paso, como temiendo que su amigo fuera a sacudirle.

—Tranquilo, Larry —rogó.

Norton alargó la mano hacia él.

—Las llaves, Alec —masculló.

—Medita el asunto, te lo ruego.

—No hay nada que meditar.

—No puedes dejarme en la estacada.

—No te será difícil salir de ella. Te buscas a otro que cuide de la chica y en paz.

—Sólo confío en ti, Larry, ya te lo dije.

—No puedo hacerme cargo de esta fiera, compréndelo.

—¡Oh! ¡Me ha llamado animal! —exclamó Helen Bradford.

—No, sólo le ha llamado fiera —carraspeó Jackson.

—¿Acaso no es lo mismo, teniente...?

—Haga el favor de callarse, que con usted no hablo —masculló Norton, mirándola duramente.

—¡Yo hablo cuando me da la gana!

—No conmigo, muñeca.

—¡Nada de muñeca! ¡Soy de carne y hueso!

—Más hueso que carne.

—¿Me está llamando flaca...?

—Unos cuantos kilos más no le vendrían mal, desde luego.

—¡Si le gustan a usted las mujeres rollizas, es que es del siglo pasado!

—Se equivoca, soy de éste.

—¡De primeros, seguro!

—De mediados.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—¡No me haga reír!

—¿Acaso aparento más?

—Unos cuarenta y cinco.

Norton estuvo a punto de soltar un taco.

—Cómprese un barco y húndase con él —gruñó.

—¡Cómprselo usted, que tiene cara de ancla! —replicó Helen Bradford.

—Váyase al infierno.

—¡Allí estaría usted bien!

Larry Norton se desentendió de la agresiva joven.

—¿Me das las llaves, Alec, o te las quito yo?

Alec Jackson puso cara de pena.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de idea, Larry?

—Absolutamente nada.

—Está bien, toma tus llaves —suspiró Jackson. Se las devolvió

con la mano izquierda.

Norton debiera haber desconfiado de ello, porque Jackson no era zurdo.

Pero no desconfió.

En el instante en que cogía las llaves, Alec Jackson disparó su puño diestro. Hacia el mentón de Norton.

Sonó un chasquido y Larry Norton se vino abajo. Quedó en el suelo, aturdido.

Helen Bradford se puso a aplaudir.

—¡Bravo, teniente! ¡El tipo se lo merecía!

Jackson le dirigió una severa mirada.

—Procure llevarse bien con Larry, Helen. Sólo él puede salvarle la vida —dijo, y echó a correr a toda velocidad hacia el helicóptero.

CAPÍTULO IV

Helen Bradford respingó.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Espere, teniente Jackson! ¡No puede dejarme aquí!

Alec Jackson no se detuvo.

Helen corrió también.

Lo más deprisa que podía.

—¡Teniente Jackson...!

Alec Jackson alcanzó el helicóptero y subió rápidamente a él. Puso el motor en marcha.

Las hélices comenzaron a girar, cada vez más deprisa.

—¡No se vaya, teniente Jackson...! —chilló Helen. Ya estaba a pocos metros del aparato.

Entró en el remolino de aire que producían las hélices, girando ya con mucha potencia.

La falda se le fue tan para arriba que casi le cubrió la cara.

Larry Norton, que ya estaba casi totalmente recuperado del puñetazo que le asestara Alec Jackson, aunque continuaba en el suelo, tuvo ocasión de comprobar que Helen Bradford tampoco estaba mal por detrás.

Pero que nada mal.

El helicóptero se elevó antes de que la muchacha lo alcanzara, y pronto se perdió de vista.

Helen Bradford maldijo a viva voz contra el teniente Jackson, el puño derecho en alto. También Larry Norton maldijo a su amigo, aunque él lo hizo entre dientes.

Buena se la había jugado. Se puso lentamente en pie.

Helen Bradford se volvió hacia él. Se miraron mutuamente.

Sin pronunciar palabra.

Norton se agachó y recogió las llaves de su coche.

Sin volver a mirar a la muchacha, se introdujo en el auto y puso

el motor en marcha. Helen Bradford dio un respingo, pues pensó que Larry Norton se iba, dejándola abandonada en aquel solitario lugar, bastante alejado de la ciudad.

—¡Espere! —gritó, corriendo ya hacia el coche.

El «Ford» no arrancó.

Helen se detuvo a un metro escaso de él.

—¿Qué iba a hacer, marcharse sin mí? —Gruñó.

—No se merece otra cosa —masculló Norton.

—No puede dejarme aquí.

—¿Por qué no? Al teniente Jackson no le importó.

—Él se fue porque estaba usted.

—Era lo mejor que podía ocurrírsele para obligarme a hacerme cargo de usted —rezongó Norton.

—No se preocupe, no quiero que se haga cargo de mí. Sólo quiero que me devuelva a la ciudad.

—No puedo hacer eso, y usted lo sabe.

—¿Por qué?

—Duraría menos que un helado de chocolate en la puerta de un colegio.

—¿También usted quiere asustarme?

—Su vida corre peligro, muñeca. Mucho peligro.

Helen Bradford dio una rabiosa patadita en el suelo.

—¡Ya le dije antes que soy de carne y hueso!

—Y yo le dije que más...

—¡No lo repita o le araño la cara!

—No saque las uñas de nuevo, que el teniente Jackson ya no está aquí para defenderla.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Que como vuelva a comportarse usted tan estúpidamente como antes, lo de ponerle las nalgas moradas será un hecho.

Las pupilas de Helen Bradford brillaron agudamente.

—Si se atreviera a pegarme, le mataría —advirtió, sin apenas despegar los dientes.

—Si vuelve a sacarme de mis casillas, no dude que lo haré.

Sobrevino un silencio.

Larry Norton lo rompió, indicando:

—Ande, suba.

Helen Bradford abrió la portezuela y se sentó a su lado. Norton

puso el coche en movimiento.

—¿Adónde me lleva? —preguntó la muchacha.

—A un lugar seguro.

—Yo quiero volver a la ciudad.

—Eso no es posible.

—La policía no tiene ningún derecho a retenerme contra mi voluntad.

—Pero tiene la obligación de protegerla.

—No necesito ninguna protección. El asesino no sabe que alguien le vio disparar sobre su víctima.

—Se equivoca. A estas horas, ya debe saber hasta que tiene usted un precioso lunar en el seno izquierdo.

—¡Oh! —Respingó Helen—. ¿Cómo sabe usted qué...?

—El escote de su blusa no es de los más recatados, precisamente, y al agacharse, para entrar en el coche, pues...

—¡Sinvergüenza!

—Oiga, que yo no tengo la culpa de que su blusa tenga un buen escote.

—¡Pero pudo haber mirado a otro sitio!

—Estoy en mi coche y miro donde quiero.

—¡Me están entrando deseos de bajarme!

—Tendrá que arrojararse en marcha, porque yo no pienso parar.

—¡Antipático!

—¿Por qué no se compra un trineo y se larga al Polo Norte?

—¡Eso usted, que tiene cara de esquimal!

—¿No dijo que la tenía de ancla...?

—¡Las dos cosas!

—Vale.

—¡Le odio, Larry Norton!

El investigador privado se puso a silbar.

Era una forma como otra cualquiera de mandar a Helen Bradford a paseo. Así lo entendió la joven, quien se puso a gruñir por lo bajo.

El «Ford» alcanzó la carretera.

Una carretera de tierra, con muchos baches y abundantes piedras. Solitaria.

El «Ford» comenzó a circular por ella.

Tal vez a demasiada velocidad, teniendo en cuenta el mal estado

de la carretera.

A cada bache que pillaban, y pese a que la suspensión del vehículo era excelente, Helen Bradford brincaba en el asiento.

La joven, harta ya de tanto salto, exclamó:

—¿Es que no puede conducir más despacio?

—No.

—¡Voy a terminar descoyuntada!

—Agárrese fuerte al asiento.

—¡Ya lo hago, pero no sirve de nada! ¡Oh...! —exclamó Helen, porque acababan de pillar el bache más profundo de todos los hallados hasta entonces.

Saltó del asiento y se dio con la cabeza contra la capota del coche.

—¡Ay! —gritó.

—La cabeza se saca por la ventanilla, no por el techo —dijo Norton, socarrón.

—¡Váyase al cuerno! —rugió Helen, roja de ira y con una mano sobre la cabeza. Larry Norton rió, lo cual enfureció aún más a la joven.

Helen se disponía a mandarlo a un sitio mucho más feo, cuando observó que la expresión del investigador privado se tornaba dura.

La muchacha se dio cuenta, también, de que los ojos de Larry Norton se habían clavado en el espejo retrovisor.

Helen giró la cabeza y miró por la ventanilla trasera. Un coche negro se acercaba.

Rápidamente.

CAPÍTULO V

En el coche negro, un reluciente «Chevrolet», viajaban tres individuos. Uno de ellos sacó el brazo por la ventanilla y asomó la cabeza.

En su mano, una pistola automática. Apuntó hacia el «Ford» gris.

—¡Larry! —chilló Helen Bradford, aterrorizada.

—¡Agáchese, rápido! —rugió Larry Norton, obligando a la muchacha, con su brazo derecho, a encogerse en el asiento.

Un par de segundos después, el tipo que había sacado la pistola por la ventanilla del «Chevrolet» negro comenzó a disparar. Larry Norton pisó el acelerador a fondo.

También él se encogió cuanto pudo, porque un balazo en la nuca es algo muy serio.

El brusco acelerón del «Ford» aumentó la distancia existente entre éste y el «Chevrolet» que le perseguía.

El conductor del «Chevrolet» también pisó el acelerador, y pronto recuperó los metros perdidos.

Conducir a tan vertiginosa velocidad, por una carretera como aquélla, era realmente temerario.

Pero ninguno de los vehículos redujo la marcha.

Al pillar uno de los numerosos baches, Helen Bradford cayó del asiento y quedó hecha una bola en el piso del coche.

—¡Nos vamos a matar, Larry! —chilló, pálida como un difunto.

—¿Prefiere que nos maten ellos? —Gruñó Norton.

—¿Son hombres de Frank Hartman?

—¿Es que todavía lo duda?

—¡Oh, entonces estamos perdidos! ¡Nos liquidarán a los dos!

—¿Sabe que su optimismo resulta contagioso? —repuso Norton, sarcástico.

Helen hizo ademán de volver al asiento.

—¡Quédese donde está! —ordenó Norton.

—¡Estoy muy incómoda!

—¡Peor estaría muerta!

Helen se dijo que Larry tenía razón, y continuó agazapada en el piso del automóvil, rezando para que el coche no volcara ni fuesen alcanzados por el «Chevrolet» negro que les perseguía.

Lo primero no era muy probable, pues Larry Norton era un magnífico conductor, y controlaba perfectamente el automóvil, después de cada brinco.

Lo segundo, en cambio, parecía que no tardaría mucho en suceder. El «Chevrolet» negro corría más que el «Ford» del investigador.

Éste, dándose cuenta de ello, realizó un brusco viraje y sacó el coche de la peligrosa carretera, adentrándolo por entre los árboles.

Conducir por entre éstos también era peligroso, indudablemente, pero ofrecía una ventaja para Larry Norton: al tener que realizar continuos virajes, para sortear los árboles, resultaba mucho más difícil ser alcanzados por los disparos de sus perseguidores, pues a éstos no les daba tiempo a afinar la puntería.

También ofrecía una posibilidad: si el conductor del «Chevrolet» no era demasiado experto, podía estrellar el coche contra un árbol.

El violento e inesperado viraje realizado por Larry Norton catapultó a Helen Bradford. La joven dio un grito y cayó entre las piernas del investigador.

—¿Qué busca? —preguntó Norton, irónico.

—¡Es usted un salvaje conduciendo! —barbotó Helen, mirándole por debajo de la pantorrilla izquierda de él.

—Salga de ahí, haga el favor. Podría pisarle el cuello, creyendo que es el acelerador o el pedal del freno.

Helen trató de retroceder, pero se había hecho un lío con su cuerpo y no encontraba el modo de salir de entre las piernas del investigador.

—¿Qué pasa, se encuentra cómoda ahí? —preguntó Norton.

—¡No!

—¿Y qué hace que no sale?

—¡Si no levanta un momento las piernas, no puedo salir!

—¿Las levantaría usted, si yo estuviera en su lugar y usted en el mío?

—¡Seguro!

—Qué descarada.

—¡Oiga, que yo no estaba pensando en eso! —Se enfureció Helen.

—Yo sí.

—¡Levante las piernas o le arreo un mordisco en la pantorrilla! —amenazó la muchacha.

Norton permitió que ella saliera de entre sus piernas.

—Bájese la falda, que no es momento para exhibiciones —dijo.

Helen pegó un bufido y se cubrió las piernas.

—¡Mire por dónde conduce, eso es lo que tiene que hacer!

—Ya lo hago.

—¿Y cómo le queda tiempo para contemplarme las piernas?

—Puedo conducir perfectamente mirando con un solo ojo.

—¿Por qué realizó aquel viraje tan brusco?

—Lo consideré oportuno, para librarnos de nuestros perseguidores.

—¿Y lo hemos conseguido...?

—Todavía no.

—Le felicito.

—Oiga, hago lo que puedo.

—No es mucho, reconózcalo.

Larry Norton, picado por las palabras de la joven, se llevó la mano al cinturón y extrajo su revólver, un arma de calibre 38.

Helen Bradford se asustó.

—No irá a pegarme un tiro por lo que he dicho, ¿verdad?

—No diga tonterías —gruñó Norton.

—¿Para qué es ese revólver?

—Me pica la oreja, y tengo por costumbre rascármela con el cañón de la pistola.

Helen apretó los dientes.

—¿Cree que es momento para bromas?

—Es que hace usted cada pregunta que...

—Oiga, que tampoco usted está demostrando ser una lumbrera —espetó la joven.

—¿Sabe conducir? —inquirió Norton.

—Sí.

—Cuando yo le diga, hágase cargo del volante.

—Le advierto que no tengo permiso.

—No se preocupe, nadie la multará por eso.

—No, supongo que no.

—¿Está lista?

—Sí.

—¡Ahora!

Helen Bradford se hizo cargo del volante.

Larry Norton abrió la portezuela de su lado y asomó casi medio cuerpo, junto con el brazo derecho, sosteniéndose con el izquierdo.

—¡Larry! —chilló Helen, temiendo que el investigador fuera a caerse.

Norton apuntó a una de las ruedas delanteras del «Chevrolet» negro y se puso a gatillar frenéticamente.

No era fácil acertar, debido a la distancia, al continuo movimiento de los vehículos, y a la difícil postura del expolicía, pero éste tenía una excelente puntería, y una de las balas, concretamente la cuarta, se incrustó en el neumático y lo hizo estallar.

Larry Norton no esperó a ver los efectos de su acción. Se metió velozmente en el coche y cerró la puerta.

Tras hacerse cargo nuevamente del volante, giró la cabeza un instante.

En aquel preciso momento, el «Chevrolet» negro, totalmente descontrolado a causa del estallido del neumático, se estrellaba contra un árbol. Con gran violencia.

Norton redujo la velocidad y luego detuvo su coche.

—¿Qué ha pasado...? —inquirió Helen Bradford, agazapada de nuevo en el piso del coche.

—Compruébelo usted misma —indicó Norton, guardándose el arma. Helen se irguió y miró por la ventanilla trasera.

—¡Se han estrellado contra un árbol!

—Sí.

—¿Se habrán... matado?

—No lo sé. Pero no vamos a averiguarlo.

Larry Norton puso nuevamente el coche en movimiento y se alejaron rápidamente del lugar.

CAPÍTULO VI

El «Ford» de Larry Norton circulaba de nuevo por la solitaria y lamentable carretera. El gesto de preocupación del investigador era muy claro.

También Helen Bradford parecía preocupada.

—Larry...

—¿Qué?

—¿Cómo sabían esos hombres que el teniente Jackson iba a traerme a este lugar?

—Esa pregunta ya hace rato que me la estoy haciendo yo — rezongó Norton.

—El teniente me dijo que nadie sabía dónde iba a llevarme con el helicóptero...

—Así es, no se lo dijo a nadie. Sólo a mí.

—¿Entonces...?

—No sé cómo Frank Hartman pudo enterarse.

—Quizá el coche de los tipos siguió al helicóptero...

—Eso no es posible. Un helicóptero puede seguir a un coche, pero nunca un coche a un helicóptero. A menos que...

—¿Sí, Larry...?

—Creo que ya sé cómo supieron que el helicóptero tomó tierra en esta zona.

—¿Cómo, Larry?

—Debieron colocar algún diminuto ingenio electrónico en el helicóptero. El aparatito emitía señales, que eran captadas desde el coche de los hombres de Hartman. Las señales les condujeron hasta esta zona. Así dieron con nosotros.

—¿Y quién pudo colocar...?

—Yo ya sospechaba que había alguien en el Departamento que informaba a Frank Hartman de todo cuanto a éste le convenía. Lo que ha ocurrido, lo confirma.

Helen Bradford pestañeó.

—¿Un policía a las órdenes de Hartman...?

—Sí.

—Me cuesta creerlo.

—Pues que no le cueste, porque es verdad. ¿Por qué cree que el teniente Jackson me confió a mí su protección? No se fía de ninguno de sus hombres.

—¿Y por qué se fía de usted?

—Yo no soy policía.

—Ya sé que no es policía, sino investigador privado.

—Qué chica tan lista.

—El teniente Jackson me lo dijo.

—¿Qué más le dijo?

—¿Sobre usted?

—Sí.

—Que fue policía hasta hace unos años.

—Es cierto.

—Que renunció a su placa...

—Cierto, también.

—¿Por qué renunció?

—Motivos personales.

—Eso me respondió el teniente Jackson, cuando le pregunté. Norton no dijo nada.

—¿Por qué renunció, Larry? —preguntó de nuevo Helen.

—Motivos personales, ya se lo he dicho.

—Eso no aclara nada.

—¿Y por qué tendría que aclarar algo?

—Saciaría mi curiosidad.

—No me gustan las personas curiosas.

—Ya se está poniendo de nuevo antipático.

—Tampoco usted es «Miss Simpatía», precisamente.

—Tengo mejor carácter que usted.

—Tiene un carácter horrible, y lo puso de manifiesto apenas llegar con el teniente Jackson. Yo le tendí la mano, al saludarla, y usted se negó a estrechármela. Fue la primera prueba de que...

—Hice eso con el único propósito de enfurecerle —confesó Helen, interrumpiéndole.

Norton la miró.

—¿Y por qué quería enfurecerme?

—Para que se negara a cuidar de mí. Yo quería regresar a la ciudad, con el teniente Jackson. Y estuve a punto de conseguirlo. Desgraciadamente, el teniente es un hombre muy astuto. Le puso K.O. de un castañazo de película y se largó, dejándome con usted.

—Lo hizo por su bien.

—Empiezo a comprender que sí.

—Menos mal.

—¿Le hizo mucho daño?

—¿Qué?

—El teniente, cuando le sacudió... —Helen hizo un gesto muy expresivo con el puño.

Norton se tocó el mentón y movió las mandíbulas.

—Un poco, sí. El teniente Jackson pega duro.

—Lo siento.

—¿Que lo siente?

—Sí. Le pegó por mi culpa. Si yo no me hubiera comportado así, usted y yo no hubiéramos discutido, y el teniente no le hubiera golpeado.

—Seguro.

—Le pido disculpas, Larry.

—Es lo menos que puede hacer.

—¿Las acepta?

—No.

Helen Bradford frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Me dijo usted cosas que...

—¿Qué cosas?

Larry Norton iba a responder, cuando, por el espejo retrovisor, descubrió la presencia del «Chevrolet» negro, con el morro aplastado, pero corriendo tan bien como antes de chocar contra un árbol.

—¡Maldición! —barbotó el expolicía.

—¿Qué ocurre, Larry...? —se alarmó Helen.

—¡Los hombres de Hartman! —advirtió Norton, hundiendo el pie en el acelerador.

—¡Dios mío! —exclamó la joven, volviendo la cabeza.

—¡Agáchese, Helen!

La muchacha no se hizo repetir la orden.

—¿Cómo es posible que...? —inquirió.

—¡Su coche no debió sufrir ninguna avería en el choque!
¡Cambiaron la rueda que hice estallar con mis disparos y se lanzaron en nuestra persecución!

—¡Y yo que pensé que habían perecido todos en el accidente!

—¡De perecer, nada! ¡Están los tres vivitos y coleando!

—¿Podremos librarnos nuevamente de ellos, Larry...?

—¡Si conseguimos llegar al puentecillo, nos libraremos de ellos definitivamente! —aseguró Norton.

—¿Puentecillo?... ¿Qué puentecillo?

—¡Uno que hay no lejos de aquí! ¡Pasé por él cuando venía a por usted!

—¿Y qué piensa hacer con el puentecillo...?

—¡Volarlo! —respondió Norton.

En el interior del «Chevrolet» negro, Monty, que era quien conducía, exclamó:

—¡Ahí los tenemos de nuevo!

—¡Afina la puntería, Lenox! —dijo Bruno, el otro matón, que iba en el asiento de atrás y tenía cara de llavero.

—Esta vez no escaparán —masculó Teddy Lenox, sacando el brazo por la ventanilla. Iba sentado al lado de Monty.

El pistolero apuntó a una de las ruedas traseras del «Ford» gris con su poderosa «*Parabellum*». Accionó el gatillo. Un par de veces.

No consiguió dar en el blanco.

El pistolero masculó un juramento.

—Tienes que acercarte más, Monty. Hay mucha distancia aún.

—¿No será peligroso, Lenox? Ya viste lo que pasó la otra vez...
—recordó Cara de Mechero.

—Que el tipo sí nos alcanzó a nosotros —añadió Cara de Mechero.

—Tuvo mucha suerte —rezongó Lenox—. ¡Vamos, Monty, pisa el acelerador a fondo!

—Está bien —gruñó Monty, e hizo lo que le ordenaba el pistolero.

El «Chevrolet» negro empezó a acortar la distancia que le separaba del «Ford» gris.

Larry Norton maldijo para sus adentros al ver que el «Chevrolet» ganaba metros por momentos.

Él ya no podía sacar más velocidad a su coche.

—¡Se acercan peligrosamente, los condenados! —barbotó.

—¿Por qué no les dispara, Larry? —sugirió Helen Bradford, de nuevo en el piso del automóvil, pues, como la otra vez, se había caído del asiento al pillar uno de los muchos baches.

—Si continúan acercándose, tendré que hacerlo. ¡Pero es más seguro lo del puentecillo!

—¿Y falta mucho para llegar...?

—¡No, no mucho! ¡Con un poco de suerte, lo alcanzaremos antes de que los hombres de Hartman nos tengan a la distancia ideal para hacer estallar alguna de nuestras ruedas!

—¡Voy a rezar para que así sea!

—¡Hágalo, hágalo!

Helen empezó a mover los labios.

Los del «Chevrolet» negro estaban disparando de nuevo.

La distancia existente entre ambos vehículos todavía no era la ideal, pero casi. Larry Norton empezó a conducir en zigzag, para hacer más difícil el blanco.

De pronto, el puentecillo apareció a lo lejos. Norton lanzó una exclamación de alegría. Abrió rápidamente la guantera.

Allí había una pequeña caja, alargada. Norton la tomó y levantó la tapa. Contenía cuatro cartuchos de dinamita. Extrajo uno.

Enseguida, sacó su encendedor.

Todo ello sin dejar de conducir en zigzag.

Como el pequeño puente ya estaba muy cerca, Norton accionó el encendedor y prendió fuego a la mecha del cartucho.

El «Ford» alcanzó el puentecillo.

En el preciso instante en que lo cruzaban, Larry Norton dejó caer el cartucho por la ventanilla.

—¡Tápese los oídos, Helen!

La muchacha lo hizo.

Instantes después, se producía la ensordecedora explosión. Los cristales del «Ford» se estremecieron.

Larry Norton volvió la cabeza un segundo, para conocer los efectos de la explosión. No podían haber sido mejores.

El puentecillo había saltado en pedazos unos segundos antes de

que el «Chevrolet» negro lo alcanzara.

El automóvil no había podido frenar a tiempo y había caído al riachuelo que cruzaba por debajo, de escasa profundidad.

Afortunadamente para los hombres de Frank Hartman, de la carretera al riachuelo solo había un par de metros, y no sufrieron daños mayores.

Pero les iba a costar trabajo sacar el coche de allí.

Mucho trabajo.

CAPÍTULO VII

Frank Hartman paseaba nerviosamente por el jardín, con un enorme cigarro en la boca, las manos a la espalda. Iba descalzo y en bañador.

Lucille Gannon nadaba en la magnífica piscina. La pelirroja se acercó al borde de la misma.

—¡Frank! —llamó.

Hartman se detuvo y la miró.

—¿Qué quieres? —Gruñó, quitándose el puro de la boca.

—¿Te ocurre algo?

—Nada.

—Pareces nervioso...

—Me preocupa la tardanza de los muchachos, eso es todo.

—¿Adónde fueron?

—A cumplir un encargo. Y ya deberían estar de vuelta —rezongó Hartman, reanudando el nervioso paseo, el habano de nuevo entre los dientes.

—¿Por qué no te das una zambullida? —sugirió Lucille.

—No me apetece.

—El agua está como yo, estupenda.

—Qué modesta eres —masculló Hartman.

—Tú sabes que es verdad.

—Claro que sé que es verdad. Si no fueras una hembra de categoría, no estarías conmigo.

—Anda, ven y date un chapuzón —insistió Lucille.

—Estoy fumando, ¿es que no lo ves?

—Deja el cigarro en el cenicero.

—Prefiero tenerlo en la boca.

—Si te zambulles, te daré una sorpresa.

Hartman se detuvo de nuevo. Entrecerrando los ojos, inquirió:

—¿Qué clase de sorpresa?

Lucille compuso un gesto malicioso.

—Si te lo dijese, ya no sería una sorpresa...

Hartman dio un paso.

—¡No te acerques! —exclamó Lucille, pegándose contra la pared de la piscina.

Hartman se quedó clavado.

—¿Qué has hecho, desprenderte de la pieza superior del bikini? —interrogó.

—¡De las dos! —rió la pelirroja, y las dejó fuera de la piscina. Hartman masculló una imprecación.

—¡Ponte el bikini inmediatamente, Lucille!

—¿Por qué?

—¡No puedes bañarte desnuda!

—Si no me ve nadie, Frank...

—¡Si entraran los muchachos de pronto...!

—Los muchachos no están, Frank.

—¡Pero están al llegar, maldita sea!

—Igual tardan una hora en aparecer. Y en una hora se pueden hacer muchas cosas, Frank... —repuso Lucille, sonriendo como una gata.

—¡Pues nosotros no vamos a hacer nada!

Lucille Gannon emergió un palmo de la piscina.

Suficiente para mostrar lo que debiera cubrir la pieza superior del bikini.

—¿Decías, Frank...? —ronroneó.

A Hartman le cayó el puro de la boca, porque ésta se le abrió sin que él se diera cuenta. Luego, también sin darse cuenta, dio un paso hacia la piscina.

Tuvo la desgracia de pisar el cigarro.

La brasa del cigarro, más concretamente. Y con el pie desnudo...

El alarido que brotó de su garganta fue realmente ensordecedor.

Hartman se cogió el pie con las dos manos y comenzó a pegar saltos, los ojos fuertemente apretados, la cara arrugada de dolor.

—¡Frank! —gritó Lucille, que no tenía ni idea de lo que le había sucedido a Hartman.

Éste seguía dando saltos y aullidos. Lucille salió de la piscina. Completamente desnuda.

Corrió hacia Hartman. Tranquilamente.

Como si se hallara en un campo nudista.

—¡Frank! ¿Qué te ha ocurrido...?

—¡El pie, el pie, el pie! —bramó Hartman, sin abrir los ojos.

—¿Qué le pasa a tu pie?

—¡Me ha mordido, me ha mordido!

—¿Quién te ha mordido?

—¡El cigarro!

Lucille se llenó de estupefacción.

—¡Frank, los cigarros no muerden...!

—Que no, ¿eh? ¡Písalo tú y verás!

Lucille buscó el cigarro con la mirada.

—¿Le pusiste el pie encima, Frank...?

—¡Sí! ¡En toda la brasa!

—¿Y cómo se te ocurrió pisarlo, yendo descalzo? ¿Acaso lo olvidaste...?

—¡No lo pisé adrede, maldita sea!

—Yo te curaré, Frank. ¡Voy por el botiquín!

Hartman, recordando que Lucille se había quitado el bikini en la piscina, abrió un ojo, porque ignoraba si se lo había puesto al salir de ella.

Al verla en cueros vivos, y corriendo hacia la casa, rugió:

—¡Lucille!

Ella se frenó y giró la cabeza.

—¿Sí, Frank...?

—¡A la piscina! —ordenó Hartman, extendiendo el brazo hacia allí.

—¿Qué?

—¡Que te arrojes de cabeza a la piscina! ¡Inmediatamente!

—Pero...

—¡Al agua, condenación! —Relinchó Hartman.

Lucille dio una carrerita y se lanzó de cabeza al agua.

Hartman se acercó a la piscina, a la pata coja, atrapó el bikini de la pelirroja, y se lo arrojó a la cara.

—¡Como vuelvas a salir de ahí sin «eso», te arranco la cabeza y me hago un pisapapeles con ella! —advirtió.

—Pero, Frank...

—¡Ni Frank ni cuernos!

—Yo sólo pretendía...

—¡Póntelo inmediatamente!

—Sí, Frank, enseguida —repuso Lucille, sumisa, mientras pensaba: «Maldito cigarro... Si no hubiera sido por eso, ahora estaríamos haciendo el amor en la piscina».

Sí.

Había vuelto a fallar la cosa. Como en el gimnasio...

Frank Hartman se apartó de la piscina, a saltitos y sin dejar de observar a Lucille, pues quería asegurarse de que hacía lo que él le había ordenado.

Fue un error.

En vez de mirar a la pelirroja, debió fijarse dónde ponía el pie sano.

Como no lo hizo, fue a ponerlo donde poco antes pusiera el que ahora tenía lastimado. Sí.

Volvió a pisar el cigarro. La brasa del cigarro.

Nuevo alarido ensordecedor... Nuevo arrugamiento de cara... Nuevos saltos...

Realmente, hay días funestos.

Y Frank Hartman, sin lugar a dudas, tenía uno de esos días fatídicos.

Mejor hubiera sido que no se hubiese levantado de la cama aquella mañana.

A Lucille Gannon le hubiera encantado la idea, seguro. La pelirroja acabó de ponerse el bikini y salió rápidamente de la piscina.

—¡Frank!

—¡Lucille...! —aulló Hartman, los ojos apretados.

—¿Te mordió de nuevo el cigarro?

—¡Sí, el muy hijo de...!

—¿En el mismo pie?

—¡En el otro, en el otro!

Lucille suspiró.

—Qué día llevas, pobrecito mío...

—¿Sigues desnuda, Lucille? —preguntó Hartman.

—No, ya me he puesto el bikini.

Hartman abrió el ojo derecho.

Al ver que era cierto, suplicó:

—¡Corre por el botiquín, Lucille!

—¡Como las balas! —repuso ella, y se disparó.

Hartman se derrumbó materialmente sobre una tumbona y mantuvo los pies en alto, lanzando continuos y lastimosos gemidos.

Al poco de salir Lucille del jardín, aparecieron Monty, Bruno y Teddy Lenox.

Hartman no les descubrió hasta que estuvieron delante de él, pues la sombra de uno de ellos le dio en la cara y le hizo abrir los ojos.

Los tres le estaban contemplando las plantas de los pies, con cara de asombro.

También en el rostro de Frank Hartman se reflejó el asombro, pues parecía que Monty, Bruno Y Lenox volvían de la guerra.

Los trajes sucios y desgarrados, las caras llenas de golpes, los zapatos cubiertos de barro...

—¿Qué le ha pasado, jefe...? —preguntó Monty.

—Leí en un libro que, si uno se concentra previamente, puede apagar la brasa de un puro con la planta del pie, sin quemarse —respondió Hartman.

—¿Y es verdad...? —inquirió Bruno.

—Es mentira. ¿No ves las llagas que se me han hecho? —Gruñó Hartman.

—Sí, son de cuidado... —opinó Lenox.

—¿Y qué diablos os pasó a vosotros? Dais pena, los tres...

Monty, Bruno y Lenox se miraron entre sí.

Fue Cara de Mechero quien, tras un carraspeo, respondió:

—Nos estrellamos contra un árbol, jefe.

—¿Quién conducía?

—Yo, jefe.

Hartman apretó las mandíbulas.

—Eres un inútil, Monty.

Cara de Mechero bajó la mirada.

—Lo siento, jefe.

Hartman señaló los zapatos de los tres hombres.

—¿Y ese barro...?

—Nos caímos a un río, jefe —tosió Bruno.

La cara de Hartman comenzó a congestionarse.

—¿Que os caísteis dónde...?

—A un río, jefe —repitió Cara de Mechero.

—¿También conducía Monty? —interrogó Hartman mirando a Cara de Mechero.

—Sí, jefe —carraspeó Bruno.

—Eres más inútil de lo que creía, Monty.

Teddy Lenox intervino:

—Monty no tuvo la culpa en ninguno de los dos casos, señor Hartman. Fue cosa del tipo que conducía el «Ford» gris, que es muy hábil.

Hartman iba a pedir detalles, pero se interrumpió, porque Lucille ya estaba de vuelta con el botiquín.

Monty, Bruno y Lenox observaron a la pelirroja.

Había mucho que observar, pues el bikini era hartó descarado, y casi todo quedaba a la vista.

—Date prisa, Lucille —apremió Hartman—. Tengo que seguir hablando con los muchachos.

—Sólo me llevará un par de minutos, Frank —sonrió ella.

En efecto, no le llevó mucho más tiempo atenderle las dolorosas quemaduras.

—Listo, Frank.

—Gracias, Lucille. Ahora déjanos solos, por favor —rogó Hartman.

La pelirroja cerró el botiquín y se alejó, contoneándose descaradamente.

—¿Qué decías de un tipo y de un «Ford» gris, Lenox...? —inquirió Hartman.

El pistolero explicó:

—Búfalo Rojo, siguiendo sus instrucciones, colocó un diminuto transmisor de señales electrónicas en el vehículo que se iba a utilizar para sacar del Departamento a Helen Bradford. El teniente Jackson decidió que fuera un helicóptero, y sólo él y la muchacha iban en el aparato. No fue difícil seguir su rumbo, gracias al receptor de señales que llevábamos en el coche, aunque, lógicamente, llegamos algunos minutos después que el helicóptero al lugar de destino, que resultó ser un lugar bastante alejado de la ciudad, con muchos árboles y una pésima carretera, muy solitaria, afortunadamente. En ella descubrimos el «Ford» gris del tipo a quien, sin duda, el teniente Jackson había confiado a Helen Bradford, pues la muchacha iba con él.

Teddy Lenox le refirió seguidamente la persecución, y por qué habían chocado contra un árbol y caído, más tarde, a un río, de donde tardaron más de una hora en salir con el coche.

Frank Hartman, con la cara muy roja y la mirada brillante, masculló:

—De modo, que la chica sigue con vida, ¿eh?

—Así es —asintió Lenox.

—Y no tenéis ni idea de dónde la llevó el tipo del «Ford» gris.

—No.

—Magnífico.

—No se desespere, señor Hartman. Sé cómo averiguarlo —aseguró el pistolero profesional.

CAPÍTULO VIII

A unos ochenta kilómetros de Chicago, aproximadamente, se alzaba la recia cabaña de troncos elegida por Larry Norton para ocultar en ella a Helen Bradford.

El expolicía detuvo el coche frente a la cabaña.

—Hemos llegado, Helen —dijo, parando el motor.

—¿Es suya esta cabaña? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—Me gusta.

—A mí también. Por eso la compré —repuso Norton, saliendo del coche. Helen descendió también del auto.

—¿Hace mucho que la compró, Larry? —inquirió.

—Un año, aproximadamente.

—¿Y viene muy a menudo por aquí?

—Todos los fines de semana. Los viernes por la tarde huyo de Chicago y me escondo aquí.

—¿Esconde...?

—Sí, ésa es la palabra justa. Si me quedo en Chicago, me estropean el fin de semana, pues siempre surge algún cliente quisquilloso con un problema. Por eso me vengo aquí. Nadie sabe que tengo esta cabaña. Es imposible, por tanto, dar conmigo.

—¿Y se lo pasa bien aquí?

—Estupendamente. Es un lugar tranquilo y sano. Hay árboles, hierba fresca, un pequeño lago a menos de trescientos metros, con abundantes truchas...

—¿Es aficionado a la pesca, Larry?

—Mucho.

—¿Y tiene suerte con la caña?

—No puedo quejarme.

—¿Me enseñará a pescar?

—Si se porta bien, tal vez.

—¿Acaso me he portado mal...?

—Pésimamente.

—Me refiero después de haberle pedido disculpas. Disculpas que, por cierto, usted no aceptó... —recordó Helen.

—Es cierto, no las acepté.

—Si fuera usted un caballero, las hubiera aceptado.

—Entremos en la cabaña —indicó Norton, dando a entender que seguía sin querer aceptarlas.

Extrajo una llave del bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta. Penetraron los dos en la cabaña.

Era bastante amplia, y los muebles, aunque rústicos, eran cómodos. Helen apoyó su mano en el antebrazo del investigador.

—Larry...

—¿Qué?

—¿Por qué no quiere aceptar mis disculpas?

—Me insultó usted. Dijo que tenía las manos sucias, que tenía cara de ancla, de esquimal...

Helen contuvo una risita.

—Nada de eso es cierto. Sus manos están limpias, y su cara es muy agradable.

—También dijo que aparentaba cuarenta y cinco años —gruñó Norton.

—No aparenta más de treinta y dos.

—¿Seguro?

—Sí, créame.

—¿Por qué dijo, entonces...?

—Ya se lo expliqué en el coche. Sólo quería enfurecerle, para que se negara a cuidar de mí.

—No sé si creerla.

—Le estoy diciendo la verdad, se lo juro.

Norton sonrió levemente.

—Está bien, acepto sus disculpas.

—¿Amigos, Larry? —Helen le tendió la mano, muy contenta.

—Amigos, Helen —sonrió con más amplitud el expolicía, estrechando la mano de la muchacha.

—¿Me enseña la cabaña, Larry? —sugirió Helen.

—Bueno, no hay mucho que ver. Sólo dispone de comedor, cocina, cuarto de baño, y un dormitorio.

—¿Sólo un dormitorio...? —Respingó la joven.

—Sí.

—¿Y cómo vamos a apañarnos...?

—No habrá problemas, no se preocupe —sonrió Norton.

—Eso espero —murmuró Helen—. Ande, muéstreme el dormitorio —rogó, colgándose de su brazo.

—Venga.

Caminaron los dos hacia el dormitorio. Norton abrió la puerta.

—Sólo tiene una cama... —observó Helen.

—¿Cuántas esperaba encontrar, media docena?

—Confiaba en que hubiera por lo menos dos.

—Sólo hay una, pero es amplia.

—¿Soluciona eso el problema?

—No habrá ningún problema, ya se lo dije antes.

—Si usted lo dice... —murmuró Helen.

—¿Qué tal se le da a usted la cocina, Helen? —preguntó Norton.

—¡Oh!, muy bien.

—Entonces, le sugiero que se meta en ella y prepare algo de comer. Estoy hambriento. ¿Usted no?

—Sí, también yo tengo apetito.

—Manos a la obra, pues. En la despensa encontrará toda una colección de latas.

—¡Allá voy! —rió Helen, y trotó hacia la cocina.

Alec Jackson estacionó su coche frente a su casa.

Salíó del auto y cruzó la cerca, pulcramente pintada de blanco. Al otro lado de la cerca crecía el césped, verde y pujante.

Norma, su mujer, cuidaba de él y de las muchas flores que embellecían el jardín. Él no podía.

No disponía de tiempo.

Salía temprano de casa y regresaba muy tarde. Sacrificada profesión, la suya.

Pero a él le gustaba ser policía. Más que cualquier otra cosa.

Norma, su esposa, lo sabía, y por eso nunca le reprochaba que no pasase más tiempo con ella y con los niños.

Tenían dos hijos.

Tommy, el varón, tenía ya siete años, y Susie, la niña, cuatro.

Cuando Alec Jackson salía de casa por las mañanas, los dos dormían todavía, y cuando regresaba por las noches, ya se habían

acostado, así que sólo le veían los días que almorzaba en casa, que solían ser más bien pocos...

Jackson extrajo la llave, la introdujo en la cerradura, y la hizo girar. Empujó la puerta y entró en la casa, cerrando a continuación.

Se despojó del sombrero y de la chaqueta.

En el instante en que colgaba esta de la percha, una voz masculina se dejó oír:

—Buenas noches, teniente Jackson.

Alec Jackson se volvió en el acto.

Se llenó de estupor al descubrir a Teddy Lenox, el pistolero profesional que estaba actualmente a las órdenes de Frank Hartman.

El tipo le apuntaba con su impresionante «*Parabellum*», provista ahora de tubo silenciador.

—Teddy Lenox... —musitó Jackson.

—¿A que no esperaba encontrarme en su casa? —sonrió cínicamente el pistolero.

—Desde luego que no.

—Me gusta sorprender a la gente.

—Mis hombres te están buscando por toda la ciudad. Tienen orden de detenerte.

—Lo sé. Y también sé por qué. Alguien me vio disparar sobre Raymond Corwin. Una muchacha. Helen Bradford.

Hubo un breve silencio.

—¿Cómo se enteró Frank Hartman tan pronto de las cosas? —inquirió Jackson.

—Es un secreto —sonrió Lenox.

—Pronto dejará de serlo.

—¿De veras...?

—Sé que alguien del Departamento informa a Hartman, y acabaremos descubriéndole.

—Lo dudo, teniente.

—¿Qué haces en mi casa, Lenox? —interrogó Jackson.

—He venido en busca de información.

—¿Qué clase de información?

—Quiero que me diga el nombre del tipo que conducía el «Ford» gris, y dónde llevó a la chica.

Los ojos de Alec Jackson se empequeñecieron.

—¿Cómo sabes que...?

—Seguimos al helicóptero. Casi atrapamos al tipo del «Ford», pero finalmente se nos escapó con la muchacha. Es un individuo de muchos recursos.

—¿Cómo pudisteis seguir al helicóptero?

—Eso no importa ahora. Lo que importa es el paradero de la chica. Nos lo dirá, ¿verdad, teniente?

—No.

Teddy Lenox chasqueó la lengua, al tiempo que movía la cabeza en sentido negativo.

—Le conviene hablar, teniente Jackson. Por su bien, por el de su esposa, y por el de sus hijos.

Alec Jackson atirantó los músculos faciales.

—¿Qué les habéis hecho? —interrogó roncamente.

—Nada, todavía. Pero los tres lo pasarán muy mal, si usted se obstina en guardar silencio.

—¿Dónde están?

—Su esposa sigue aquí.

—¿Y los niños...?

—Un amigo mío se los llevó.

Jackson apretó los puños.

—Si les hace algún daño, juro que...

—Calma, teniente. Los chicos están bien. Y su mujer. Y lo seguirán estando si usted nos dice lo que queremos saber.

—Quiero ver a mi esposa.

—Antes, dese la vuelta y ponga las manos sobre su cabeza —indicó Lenox. Jackson obedeció.

El pistolero se acercó con cuidado a él y le quitó el revólver, el cual se guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya puede volverse, teniente.

Jackson lo hizo.

—Pase, su esposa está en esta habitación —dijo Lenox, apuntando hacia el *living*.

Jackson entró en él.

Se quedó parado al ver a su esposa sentada en un sillón, fuertemente atada a él, la boca cubierta con cinta adhesiva.

Un tipo la vigilaba, pistola en mano. Era Monty.

—Norma... —musitó Jackson.

La esposa del policía se agitó en el sillón, los ojos empañados en

lágrimas. Jackson hizo ademán de acercarse a ella, pero la voz de Lenox le detuvo:

—Quieto, teniente. Ya ve que su esposa no ha sufrido ningún daño.

—Quiero oírlo de sus propios labios.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—No le quitaremos la cinta adhesiva. Podría ponerse a chillar y complicar las cosas. Las mujeres se ponen histéricas por nada.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—¿Estás bien, Norma? —interrogó Jackson.

Ella le respondió que sí con la cabeza, las lágrimas resbalándole ya por las mejillas.

—¿Lo ve? —dijo Lenox.

Alec Jackson volvió los ojos hacia el pistolero.

—El tipo se llama Larry Norton, pero no sé dónde llevó a la chica —confesó. Lenox sonrió.

—¿Me toma por estúpido, teniente?

—Te estoy diciendo la verdad, Lenox. Larry Norton es un expolicía. Fuimos compañeros. Le confié a la muchacha porque no me fío de nadie del Departamento.

—Todo eso está muy bien. Pero usted tiene que saber forzosamente adónde la llevó.

Jackson movió la cabeza negativamente.

—Temía que algo de esto sucediera, que Hartman recurriese a mí, para dar con la chica. Por eso no quise que Norton me dijera dónde iba a ocultarse con la muchacha —explicó.

—Está mintiendo, Lenox —opinó Monty.

—Eso creo yo —dijo el pistolero profesional.

—Es la verdad, os lo juro —insistió Jackson.

—¿«Trabajo» un poco a la mujer? —sugirió Monty—. Verás qué pronto suelta la lengua el teniente, cuando la vea retorcerse de dolor.

Norma Jackson se estremeció en el sillón.

El policía apretó fuertemente los maxilares.

—No permitiré que la toquéis, canallas —advirtió, a punto de saltar sobre Monty.

—Si no quiere que su mujer sufra, hable —dijo Lenox.

—¡Eso estoy haciendo, y no queréis creermelo!

—Su historia es poco convincente, teniente Jackson. Y tiene un fallo demasiado evidente. Si usted no sabe dónde llevó ese expolicía a la chica, ¿cómo puede darle instrucciones? A menos que... —Lenox quedó unos segundos pensativo—. Sí, es posible que el teniente esté diciendo la verdad, Monty.

—¿Tú crees, Lenox? —Gruñó Cara de Mechero.

—Norton le llamará por teléfono cada equis tiempo, para hacerle saber que él y la chica están bien, y, al propio tiempo, recibir instrucciones, si las hay —adivinó el pistolero—. Y apuesto a que le llamará aquí, a su casa, para que no se entere nadie del Departamento... ¿No es cierto, teniente?

Jackson, tras un titubeo, asintió con la cabeza.

—¿Cuándo le llamará Norton? —interrogó Lenox.

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—A las once en punto.

Teddy Lenox consultó su reloj.

—Aún falta una hora.

—¿Qué hacemos, Lenox? —inquirió Monty.

—Esperar la llamada de Larry Norton, naturalmente —sonrió el pistolero.

CAPÍTULO IX

—¿Un cigarrillo, Helen?

—Sí, gracias —aceptó Helen Bradford, alargando la mano hacia la cajetilla de emboquillados que le ofrecía Larry Norton.

Tomó el cigarrillo y se lo puso en los labios.

El investigador, que se había despojado de la chaqueta, le ofreció fuego, encendiendo él otro pitillo a continuación.

Se encontraban los dos sentados en sendos sillones, el uno frente al otro.

—Ha preparado usted una cena deliciosa, Helen.

—¿De veras le ha gustado?

—Más que el almuerzo, que ya es decir.

—Me alegro.

—¿Qué podríamos hacer, hasta la hora de acercarnos a la cabina telefónica más próxima, para llamar al teniente Jackson?

—Jugar al parchís.

—No tengo parchís.

—¿Ajedrez?

—Tampoco.

—¿Cartas, dados, dominó...?

Norton movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No tengo ningún juego en la cabaña, lo siento.

—Entonces, nos vamos a aburrir mucho —suspiró la muchacha.

—Tengo una idea, Helen.

—¿Sí?

—Levántese y siéntese en mis rodillas.

—¿En sus rodillas...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Enseguida lo sabrá.

—Pero, es que... —vaciló la joven.

—¿Qué pasa, me tiene miedo? —sonrió Norton.

—Yo no le tengo miedo a nadie.

—Yo tampoco. Vamos, haga lo que le digo.

Helen se levantó del sillón y se sentó en las rodillas del expolicía.

—¿Y ahora...? —inquirió.

—Cójase de mi cuello —indicó Norton.

—¿Como si tuviera miedo de caerme?

—Eso es.

Helen obedeció.

—Cuidado, no vaya a quemarme la nuca con el cigarrillo —advirtió Norton.

—No tema.

—Ahora, yo le paso el brazo por la cintura.

—¿Como si fuera a abrazarme?

—Exacto.

—Pero no va a hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Bien, ya rodeó mi cintura con su brazo. ¿Qué sigue ahora?

—Tiene usted que cerrar los ojos.

—¿Para qué?

—Forma parte del juego.

—Empiezo a sospechar que se trata de un juego peligroso.

—En absoluto, créame.

—Muy bien, cierro los ojos —Helen los cerró.

Norton la besó en los labios.

Suave y cálidamente.

Helen no rechazó la agradable caricia. Tras el beso, la joven abrió los ojos y dijo:

—Este juego no tiene nada de original, Larry.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—¿Es a esto a lo que quiere que juguemos?

—¿Se le ocurre algo mejor? —sonrió Norton, posando su mano derecha sobre la rodilla izquierda de la muchacha.

Los ojos de Helen se clavaron en la mano del investigador.

—Larry...

—¿Sí, Helen?

—Si no recuerdo mal, dijo usted que le gustan las mujeres

rollizas...

—Se equivoca, eso lo dijo usted.

—Para su gusto, yo estoy demasiado delgada.

—Se equivoca de nuevo. Tiene los kilos justos.

—¿No dijo usted que unos cuantos kilos más, no me vendrán mal...?

—Dije eso porque estaba irritado. La verdad es que tiene usted un cuerpo perfecto.

—Y usted, una mano muy atrevida —repuso Helen, frenándosela, porque se había ido muslo arriba descaradamente.

—Acariciarla a usted es una delicia, Helen.

—Me halaga que diga eso, pero no puedo permitir que lo haga.

—¿Por qué?

—No tengo por costumbre dejarme manosear por el primero que lo desea.

—Si cree que voy con mala intención, se equivoca. Estoy con usted para protegerla, no para abusar de usted. Y le diré algo más: no cobro un centavo por ello.

—Eso no lo sabía yo.

—Pues ya lo sabe.

Helen Bradford sonrió cálidamente.

—Debe ser usted un gran tipo, Larry.

—Un tonto, eso es lo que soy. Nadie arriesga su vida por nada, sólo yo.

—Quizá porque fue policía...

Norton no dijo nada.

Helen le acarició suavemente la nuca.

—¿Me dice ahora por qué renunció a su placa, Larry?

—No me gusta hablar de ello, Helen.

—Si lo hace, dejaré que me bese de nuevo.

Norton sonrió ligeramente.

—Su proposición es tentadora, no cabe duda.

—Cuéntemelo, Larry, por favor... —insistió la muchacha. Norton explicó:

—Sorprendí a un tipo violando a una niña de no más de doce años, en un callejón. Caí sobre él como un tigre y comencé a golpearle con toda la furia de que era capaz. Casi maté al tipo. Hubo de ser ingresado en un hospital, donde permaneció varias

semanas. Mi impetuosa intervención no gustó a mis superiores. Y, menos aún, a algunos periodistas, que aprovecharon la ocasión para, una vez más, criticar duramente los métodos empleados por la policía. Según leí en los periódicos, debí limitarme a separar al tipo del cuerpo ensangrentado de la niña y colocarle las esposas. Sin darle siquiera una bofetada. Como si uno fuera de piedra. Como si no tuviera sentimientos. Para mí, violar a una niña es una de las canalladas más grandes que se pueden cometer. Por eso le machaqué la cara al tipo, aun sabiendo que era al juez a quien correspondía juzgarle y castigarle.

—Se lo merecía, el muy cerdo —dijo Helen.

—Sin duda. Si la paliza se la hubiera dado un transeúnte cualquiera, nadie se hubiera metido con él. Incluso le hubieran elogiado, por acudir en defensa de la niña. Pero como quien le golpeó fue un policía, pues...

—¿Fue ese incidente la causa de su renuncia, Larry?

—Sí. Me dolió profundamente que mis superiores censurasen mi forma de actuar. También me dolieron mucho las críticas de los periodistas. Comprendí que yo no servía para ser policía. Tengo la sangre demasiado caliente, me enfurezco con facilidad, y me resulta difícil controlarme. De seguir en el Cuerpo, el incidente se repetiría. Por eso renuncié.

—Hizo bien, Larry.

—¿Usted cree?

—Sí.

—El caso es que me gustaba ser policía...

—No lo pongo en duda.

—También usted me gusta.

—¿Mucho? —sonrió Helen.

—¿Me deja que le demuestre cuánto?

—Bueno. Pero sin pasarse, ¿eh?

—Descuide —sonrió también Norton, y unió su boca a la de ella, apretadamente.

A las once en punto, el teléfono se puso a sonar, rompiendo el tenso silencio del *living*.

—Ahí tenemos a nuestro amigo Norton, Monty —dijo Teddy Lenox, con una fría sonrisa en los labios.

—Sí, seguro que es él —repuso Cara de Mechero.

—Conteste, teniente Jackson —ordenó el pistolero profesional—. Y ya sabe lo que tiene que decir. Una vez más, le recuerdo que su vida, la de su esposa, y la de sus hijos, dependen de que nosotros demos con Helen Bradford o no.

Alec Jackson miró a su mujer. Estaba pálida y asustada.

El policía tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—Soy yo, Alec —respondió Norton.

—Hola, Larry. ¿Cómo va todo?

—Bien. Aunque tuvimos serios problemas, al poco de marcharte tú con el helicóptero.

—¿Qué ocurrió?

Norton se lo refirió en pocas palabras.

—¿De veras no sufristeis ningún daño, Larry?

—En absoluto. Aunque la chica se asustó mucho.

—¿Te llevas ya mejor con ella?

—Sí, un poco mejor. Por cierto, eso me recuerda que me debes un puñetazo, Alec.

—Siento haberte pegado, Larry.

—Olvídalo. Yo, en tu lugar, hubiera hecho lo mismo.

—Gracias por ser tan comprensivo, Larry.

—¿Hay alguna novedad, Alec?

—Sí, ha surgido un imprevisto, Larry.

—Cuenta, Alec.

—Tengo que verte, Larry.

—¿Verme? —Pareció extrañarse Norton.

—Sí. Dime dónde estáis tú y la chica, y me reuniré con vosotros lo antes posible.

—¿Tan importante es, Alec?

—Sí, es muy importante.

—Está bien, toma nota.

Norton le indicó el lugar donde se alzaba la cabaña adquirida por él un año antes.

—Entendido, Larry —repuso Jackson, que no había tomado nota de nada.

—Sabrás encontrarla, ¿verdad, Alec?

—Seguro. Dentro de una hora, aproximadamente, estaré ahí.

—Te estaremos esperando, Alec.

Jackson colgó el auricular y miró a Lenox. Éste interrogó:

—¿Dónde se encuentra?

—En una cabaña, a unos ochenta kilómetros de la ciudad —informó Jackson.

—¿Dónde, exactamente?

—Yo os guiaré hasta ella.

Teddy Lenox rió.

—¿Has oído eso, Monty? El teniente Jackson tiene miedo de que los matemos a él y a su esposa en cuanto nos revele la situación de la cabaña.

Alec Jackson sonrió fríamente.

—Te equivocas, Lenox. No podrías matarme, aunque os lo dijera, porque tendríais la duda de si os había dicho la verdad o una mentira.

El pistolero volvió a reír.

—Tiene razón, teniente. No podemos fiarnos de lo que nos diga usted, así que le llevaremos con nosotros. Pero si nos engaña, o intenta algo...

—Sé lo que pasaría, no es necesario que lo digas.

—Muy bien. En marcha, teniente. Tú quédate con la mujer, Monty.

—De acuerdo, Lenox —repuso Cara de Mechero.

—Vamos, teniente, muévase —apremió el pistolero.

Alec Jackson dirigió una última mirada a su esposa y echó a andar, saliendo del *living*.

Lenox salió tras él.

—Póngase la chaqueta y el sombrero —indicó. Jackson obedeció.

—Abra la puerta —siguió indicando el pistolero.

Salieron los dos de la casa y caminaron hacia la acera.

—¿Vamos en mi coche? —preguntó Jackson.

—No, en el mío. La primera calle de la izquierda. Camine hacia allí —ordenó Lenox, que ocultaba su «*Parabellum*» bajo la chaqueta.

Fueron los dos hacia la calle de la izquierda. Allí aguardaba un «Buick» marrón.

Un tipo se hallaba sentado al volante.

Era Bruno, el otro matón de Hartman, el que tenía cara de llavero.

—Usted irá delante, teniente Jackson, junto a mi compañero — indicó Lenox. Jackson se sentó al lado de Bruno.

Lenox ocupó el asiento trasero, desde donde apuntó con su arma a la nuca del policía.

—Pon el coche en marcha, Bruno.

—¿Adónde nos dirigimos? —inquirió Cara de Llaverio.

—El teniente Jackson te lo dirá.

—¿Cuándo aparecerá esa maldita cabaña, teniente? —masculló Teddy Lenox, impacientándose.

—Y a falta poco —respondió Alec Jackson.

Era cierto.

Ya estaban muy cerca de la cabaña.

Unos cinco minutos después, aparecía a lo lejos.

—¡Para el coche, Bruno! —ordenó Lenox. Cara de Llaverio detuvo el «Buick».

Lenox sonrió.

—El teniente Jackson no nos ha engañado, Bruno. Frente a la cabaña está el «Ford» gris de Larry Norton.

—¿Vamos por ellos, Lenox?

—Sí, ahora mismo. Usted también, teniente Jackson. Llevándole con nosotros, su amigo no se atreverá a dispararnos. Vamos, abajo.

Salieron los tres del auto. Caminaron hacia la cabaña.

Bruno empuñaba una «Luger», con tubo silenciador. Cuando estaban tan sólo a unos diez metros de la cabaña, Alec Jackson se arrojó inesperadamente al suelo y rugió:

—¡Cuidado, Larry! ¡Quieren mataros a ti y a la chica!

CAPÍTULO X

—¡Maldición! —exclamó Teddy Lenox, disparando ya sobre Alec Jackson. También Bruno disparó sobre el policía, rabioso.

Jackson, apenas tocar el suelo, rodó por él como una pelota, con la esperanza de esquivar las balas que buscaban su cuerpo.

—¡Quietos, cobardes! —rugió Larry Norton.

Lenox y Bruno se olvidaron al instante del policía y volvieron sus armas hacia la puerta de la cabaña.

No vieron al investigador.

Quedaron un instante desconcertados.

—¡Estoy aquí, ratas! —se dejó oír de nuevo Norton.

La voz parecía llegar de entre los árboles que había más allá de la cabaña. Hacia allí dirigieron sus armas Lenox y Bruno.

Pero tampoco descubrieron al expolicía.

—¿Por qué no venís por mí, gallinas? —habló nuevamente Norton.

—¡Fuego, Bruno! —Ladró Lenox—. ¡Lo sacaremos a balazos de su escondrijo!

El pistolero y el matón se pusieron a disparar furiosamente hacia el lugar donde creían se ocultaba el investigador.

Larry Norton surgió de pronto, varios metros más allá, esgrimiendo su revólver del «38».

Accionó el gatillo. Un par de veces.

Las balas fueron para Bruno.

Cara de Llaveró aulló al recibir los impactos en el pecho y se derrumbó. Se agitó en el suelo.

Pero muy poco.

Casi enseguida quedó inmóvil.

Había recibido los plomos en zonas vitales de su ancha caja torácica, y la muerte le sobrevino sólo unos segundos después de que se le incrustaran en ella.

Teddy Lenox había rectificado velozmente la dirección de su «*Parabellum*» y ya estaba disparando sobre Larry Norton.

Sobre el lugar donde él creía que se hallaba Larry Norton, mejor dicho, pues el expolicía había vuelto a esfumarse como un fantasma.

Lenox, temiendo verse sorprendido como Bruno, buscó la protección del «Ford» del investigador.

Esperó.

Los ojos bien abiertos. El oído alerta.

El índice diestro curvado sobre el gatillo de su «*Parabellum*». Pasaban los segundos y Larry Norton no se dejaba ver. Tampoco Alec Jackson se veía por ninguna parte.

Lenox ignoraba si él y Bruno le habían alcanzado con alguna de las balas que le dispararon.

Si estaba herido, no debía ser de gravedad, puesto que había conseguido ocultarse entre los árboles.

—¡Norton! —rugió de pronto el pistolero.

No obtuvo respuesta.

—¡Asoma el pico, bastardo!

—¡Bastardo tú, que naciste en un prostíbulo de tercera categoría! —replicó Norton, desde algún lugar.

Lenox sintió que enrojecía.

—¡Sal, hijo de perra! ¡Sal si tienes agallas! ¡Somos uno contra uno, y los dos tenemos un arma en la mano!

Transcurrieron unos quince segundos en el más absoluto silencio. Súbitamente, Lenox oyó la voz de Norton a su espalda:

—Aquí me tienes, Lenox.

El pistolero quedó paralizado por la sorpresa.

Maldijo para sus adentros por haberse dejado sorprender tan estúpidamente. Adivinó que el expolicía se hallaba cerca de él.

Peligrosamente cerca.

—Ponte en pie, Lenox —ordenó Norton—. Y date la vuelta. No quiero disparar sobre ti estando de espaldas y encogido como un mono.

El pistolero se irguió lentamente.

De pronto, pegó un gran salto y se revolvió en el aire.

Norton se dejó caer al suelo, cuando ya Lenox presionaba el gatillo de su «*Parabellum*». La bala del pistolero se perdió en el

vacío.

Norton hizo funcionar su revólver.

Mandó dos balas, por si erraba el primer disparo. Fatalmente para Lenox, no erró ninguno de los dos.

El pistolero aulló al recibir los impactos en su cuerpo. Uno en el centro del pecho y otro en el vientre.

Cayó como fulminado.

Por suerte para él, el segundo impacto, el que recibiera en el pecho, le alcanzó el corazón y le segó la vida casi instantáneamente.

De no haber sido así, el otro plomo, el que tenía en el vientre, quemándole las tripas, le hubiera hecho sufrir lo indecible.

Larry Norton se puso en pie y enfundó el arma.

—¡Alec! —llamó.

—¡Aquí, Larry! —respondió Jackson, asomando la cabeza por detrás de un árbol y agitando el brazo.

Norton corrió hacia él.

Estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra el árbol.

—¿Estás herido, Alec?

—Sí, en el muslo —informó Jackson, apretándose con claro gesto de dolor.

—Te llevaré a la cabaña —dijo Norton, cargando con él con facilidad. Echó a andar hacia la cabaña.

—¿Y la chica? —preguntó Jackson.

—La dejé oculta no lejos de aquí. ¡Helen! —llamó Norton—. ¡Ya puedes regresar a la cabaña, Helen!

La muchacha no tardó en aparecer, corriendo, por entre los árboles. Se reunió con el investigador y el policía.

—¿Está usted herido, teniente Jackson...? —se alarmó.

—Sí, me dieron en la pierna. Pero no parece importante —la tranquilizó el policía.

—Si llego a saber que ibas a cometer esa tontería, hubiera intervenido antes —rezongó Norton.

—¿Qué tontería?

—La de advertirme que no llegabas solo. Yo estaba esperando el momento oportuno de intervenir. Si te hubieras mantenido callado, ahora no estarías herido.

—¿Cómo diablos iba yo a saber que tú te habías olido el pastel? —exclamó Jackson.

—Siempre he tenido muy buen olfato.

—Sí, eso es verdad —gruñó Jackson.

Entraron en la cabaña.

Norton depositó a Jackson en un sillón.

Aunque lo hizo con cuidado, al policía se le escapó un grito.

—¿Te duele mucho?

—Más de lo que yo quisiera —respondió Jackson, los dientes apretados.

—Has perdido mucha sangre.

—Eso no me preocupa. Son otras cosas las que me tienen el corazón en un puño.

—Me lo contarás mientras te atiendo la pierna. Voy a por el botiquín.

Norton se dirigió al cuarto de baño, regresando pocos segundos después con el botiquín. Mientras le limpiaba la herida, se la cubría con gasas, y le colocaba un amplio vendaje, Alec Jackson se lo refirió todo.

—Algo de eso me temía —rezongó Norton—. Tu voz, cuando hablamos por teléfono, quería ser natural, pero distaba mucho de serlo. No quise preguntarte qué sucedía por si había alguien escuchando por otro teléfono, y complicaba más las cosas.

—Si me hubieran atrapado sólo a mí, jamás hubiera accedido a sus deseos, Larry. Pero también tenían a Norma, y a los niños... Me vi obligado a hacer lo que me pedían.

—Claro.

—Yo confiaba en que, advirtiéndote a tiempo del peligro que corrías, darías cuenta de Lenox y del otro tipo.

—Y así ha sido.

—Eres formidable, Larry. Qué pena que no estés en el Cuerpo.

—Da gracias a que renuncié a mi placa hace años.

Jackson subió las cejas.

—¿Por qué dices eso?

—Los hombres de Hartman tienen a tu mujer y a tus hijos. Si yo fuera policía, me sería muy difícil rescatarlos, porque para conseguirlo es necesario poner en práctica ciertos métodos que un agente de la ley no puede utilizar, so pena de ganarse una bronca de sus superiores y las más severas críticas de unos cuantos periodistas. Me entiendes, ¿verdad, Alec?

—Sí...

—Yo rescataré a Norma y a los chicos, no lo dudes. Pero actuando a mi manera. Como no llevo placa, puedo hacerlo. Y nadie me criticará, si le rompo la cara a alguien.

—Iré contigo, Larry.

—No puedes.

—Lo que no puedo hacer es permitir que vayas solo a enfrentarte con Hartman y sus matones.

—Estás herido, Alec. Y, aunque no de gravedad, tienes que quedarte sentado en ese sillón hasta que te examine la pierna un doctor y te la atienda debidamente. Yo no he hecho más que limpiar un poco la herida y taponarla.

Jackson le cogió de la chaqueta.

—Tengo que ir, Larry. Puedo, debo, y quiero.

—Tendrías los mismos problemas que tuve yo hace años —advirtió Norton.

—No me importa.

—A mí sí, Alec. A ti te encanta ser policía, y yo quiero que lo sigas siendo.

Jackson sonrió suavemente.

—Te lo agradezco de veras, Larry. Pero se trata de mi esposa y de mis hijos. Quiero mucho a mi placa, es cierto; pero a ellos los quiero más. Te ayudaré a salvarlos, y sí luego tengo que renunciar a mi placa, renunciaré.

—No podrás vivir sin ella.

—Me acostumbraría.

Norton exhaló un suspiro.

—Está bien, allá tú. ¿Crees que podrás caminar, Alec?

—Sí, seguro que sí —respondió Jackson, y trató de ponerse en pie. Fue entonces cuando Norton dejó ir su puño diestro.

Sus nudillos se estrellaron con potencia en la mandíbula de Jackson y éste volvió a sentarse en el sillón.

Quedó inmóvil, la cabeza doblada, los ojos cerrados.

—¿Por qué le has pegado, Larry...? —exclamó Helen Bradford.

—Para evitarle problemas. Además, me debía un puñetazo. Ahora ya estamos en paz.

—Pero...

—Cuida de él, Helen, hasta que yo vuelva.

Norton caminó hacia la puerta.

—¡Larry! —llamó la muchacha.

El expolicía volvió la cabeza y la miró.

—¿Sí, Helen?

—Cuídate mucho, Larry. Rompe todas las caras que quieras, pero procura que no te deformen la tuya. Me gusta...

Norton sonrió.

—No temas, volveré con la cara entera —prometió, y salió de la cabaña.

Tras dirigir una breve mirada a los cuerpos sin vida de Teddy Lenox y Bruno, montó en su auto y lo puso en marcha.

El «Ford» ganó rápidamente velocidad.

CAPÍTULO XI

Monty, el matón que tenía cara de mechero, consultó su reloj. Era la una y algunos minutos.

Lenox y Bruno no tardarían en llegar. Sin el teniente Jackson.

El policía ya debía llevar casi una hora muerto.

Como Larry Norton. Como Helen Bradford.

Y, en cuanto Lenox y Bruno regresasen, Norma Jackson también moriría. No podían dejar testigos.

Los hijos del teniente Jackson se salvarían, porque ellos no podían identificar a nadie. Les habían sorprendido dormidos y les habían aplicado un algodón empapado de cloroformo sobre la cara a cada uno de ellos, los cuales no retirarían hasta que todo hubiese acabado.

Cuando los pequeños despertasen, no sabrían explicar a nadie lo sucedido, puesto que nada habían visto.

Monty miró a la esposa del teniente. Frisaba en los treinta años de edad. Rostro hermoso.

Cuerpo apetecible.

Su pelo, castaño claro, era largo y suave.

En la mente del matón empezó a tomar cuerpo un sucio pensamiento. La mujer estaba atada al sillón.

Y tenía la boca tapada. No podría gritar...

Ni defenderse... Sí.

Sería todo muy fácil.

Pero también tendría que ser rápido. Lenox y Bruno estaban al caer.

Monty se recriminó a sí mismo por no haber tenido aquella idea media hora antes. Hubiera podido recrearse en el acto.

Decidido a no perder un solo segundo más, se levantó del sofá y se situó delante de la esposa del policía.

Norma Jackson sintió un profundo estremecimiento. El brillo

que tenía el tipo en la mirada era sucio. Asqueroso.

Inconfundible.

Iba a aprovecharse de ella...

Por si quedaba alguna duda al respecto, Monty le levantó bruscamente la falda y le dejó los muslos al descubierto.

Norma Jackson, como no tenía las piernas atadas, disparó inesperadamente una de ellas.

Hacia el bajo vientre del matón.

Cara de Mechero emitió un alarido y cayó al suelo hecho un ovillo.

Se retorció como una lagartija medio aplastada, los ojos fuertemente apretados, la boca espumeante...

Poco a poco, sin embargo, fue recuperándose del doloroso golpe. Miró a Norma Jackson, desde el suelo, encogido todavía.

Había tanta furia, tanta ira, tanta cólera en sus ojos, que la esposa del policía creyó morir de espanto.

Monty se arrastró hacia ella. Como un animal herido.

Norma intentó golpearle en la cara con su pie derecho, pero el matón le sujetó ambas piernas, agarrándola fuertemente por los tobillos.

De nada sirvió que la desgraciada pataleara con rabia.

No pudo recuperar la libertad de sus extremidades inferiores. Monty quedó de rodillas en el suelo.

Norma no pudo impedir que el canalla le elevara las piernas y las mantuviera separadas.

Monty mostró sus dientes.

Norma, horrorizada, adivinó que el miserable tenía intención de clavárselos en la cara interior del muslo derecho.

Sin duda, antes de violarla, deseaba cobrarse con creces el puntapié que ella le atizara en los órganos genitales.

Cuando ya la boca de Monty rozaba la pierna de Norma, alguien rugió:

—¡Detente, cerdo!

Cara de Mechero dio un fuerte respingo. Volvió la cabeza bruscamente.

Norma Jackson también miró hacia la entrada del *living*.

Casi estalló de alegría al descubrir a Larry Norton, esgrimiendo una pistola.

Monty soltó las piernas de la esposa de Alec Jackson y se arrojó sobre su pistola, una «Magnum», provista de silenciador, que él había dejado sobre la pequeña mesa del *living*.

Norton pudo disparar sobre el matón, pero no lo hizo. Lo necesitaba vivo.

El expolicía pegó un prodigioso salto y cayó muy cerca del tipo. Éste logró empuñar su «Magnum».

Fue todo lo que pudo hacer.

El pie de Norton chocó contra su mandíbula, con tal violencia, que Cara de Mechero puso los ojos en blanco y se derrumbó, privado por completo del sentido y con dos dientes sueltos dentro de la boca.

El investigador se apoderó rápidamente de la «Magnum» del matón.

Luego, se acercó a Norma Jackson y le arrancó la cinta adhesiva que le impedía hablar.

—¡Larry! —exclamó ella, entre sollozos—. ¡Ha sido horrible, Larry!

Norton le acarició las mejillas.

—Cálmate, Norma. Estoy contigo, ese cerdo no volverá a ponerte sus asquerosas manos encima.

—¡Tenía intención de...!

—Ya se le han ido las ganas, te lo aseguro. Espera, te desato enseguida.

Cuando estuvo libre, Norma Jackson se abrazó fuertemente al expolicía.

—¡No sé cómo no me he desmayado de pánico, Larry!

—Olvida esos horribles momentos, Norma —aconsejó Norton, acariciándole el cabello. Ella levantó la cabeza y le miró.

—¿Sabes algo de Alec, Larry...?

—Alec está bien, tranquilízate.

—¿Seguro? ¿No me engañas?

—Bueno, tiene una herida en la pierna, pero no es importante.

—¿Por eso no ha venido contigo?

—Sí, por eso —mintió Norton.

—¿Y qué habéis averiguado de Tommy y Susie?

—Nada, todavía. Pero pronto sabremos dónde los llevaron. El tipo nos lo dirá.

—¿De veras crees que hablará, Larry...?

—¡Seguro!

Norton soltó a Norma y se acercó a Monty, con el cual cargó.

Lo puso en el sillón que hasta poco antes ocupara Norma y lo ató concienzudamente a él.

Comenzó a palmearle la cara, con cierta dureza.

—¡Eh, tú, despierta!

Cara de Mechero abrió los ojos.

Miró con intenso odio al investigador, pero no dijo nada.

Se limitó a escupir los dos dientes que tenía sueltos en la boca, por cuya comisura le resbalaba un hilillo de sangre.

Larry Norton interrogó:

—¿Dónde llevasteis a los pequeños?

—De excursión —respondió Monty, irónico. Norton le soltó un duro revés.

—Te conviene hablar, amigo.

El matón sonrió.

—Eres un ingenuo, si crees que voy a decírtelo.

—Me lo dirás. Ya lo creo que me lo dirás —repuso Norton, quien se volvió hacia la esposa de Jackson e indicó—: Déjanos solos, Norma. Lo que va a ocurrir aquí, no será agradable de presenciar.

Norma Jackson abandonó la estancia.

Norton volvió a encararse con el hombre de Hartman.

Le pareció muy impresionado por las palabras que él acababa de pronunciar, aunque el tipo se esforzaba por disimularlo.

El investigador extrajo su revólver y lo acercó a la cara del matón.

Éste echó la cabeza hacia atrás, todo lo que pudo, que no fue mucho.

—¿Vas a golpearme... con el cañón? —preguntó, evidentemente asustado.

—Peor.

Con un rápido movimiento, Norton introdujo el cañón del revólver en la nariz del matón, por el orificio izquierdo.

Monty gritó, porque la acción había sido muy brusca.

Norton profundizó con el arma, haciéndola girar al mismo tiempo hacia ambos lados. Cara de Mechero aulló de dolor.

—Habla o seguiré empujando hasta sacarte el cañón por el ojo

—amenazó Norton.

—¡Hablaré, hablaré!

—Soy todo oídos —Norton dejó el arma quieta, aunque no la sacó de la nariz del tipo.

—Los niños están en su cuarto —reveló Monty.

—¿En su cuarto...? —repitió el investigador.

—Siempre estuvieron ahí. Bruno les aplicó sendos algodones empapados de cloroformo sobre el rostro, para que no se despertasen. Lenox hizo creer al teniente Jackson y a su mujer que Bruno se los había llevado a cierto lugar, para que el teniente no intentara nada contra nosotros —explicó el matón.

—Muy astuto —rezongó Norton, sacando el cañón de la pistola de la nariz del tipo—. ¡Norma! —llamó.

Norma Jackson tardó unos segundos en aparecer.

Había escuchado las palabras de Monty y había corrido a comprobarlo.

—¡Es cierto, Larry! ¡Tommy y Susie están en su cuarto, dormidos! —confirmó, llorando de alegría.

El investigador dio un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

Cara de Mechero, que sangraba por el orificio izquierdo de la nariz, interrogó:

—¿Qué ha sido de Lenox y Bruno?

—Están los dos listos para criar gusanos —respondió Norton.

—¿Los mataste tú?

—Sí.

—Hijo de perra...

Norton le soltó otro revés.

—Tú sí que eres un hijo de perra. Intentar violar a una mujer que está atada a un sillón... Debería machacarte los genitales a patadas.

El matón se estremeció visiblemente.

Temía que el expolicía hiciese lo que decía.

—¿Quién informa a Hartman? —interrogó Norton, duramente.

—No lo sé.

—Dime su nombre o te destrozo el otro agujero de la nariz.

—¡Te juro que no lo sé! El informador utiliza el nombre clave de Búfalo Rojo. Sólo Hartman conoce su verdadero nombre.

Norton, que ya había acercado la pistola a la nariz del matón, la retiró y se la guardó en la funda.

—Te creo, gusano. Iré a ver al bastardo de tu jefe y él me lo dirá.

Norma Jackson se asustó.

—¿De veras vas a ir a ver a Frank Hartman...?

—Sí. Pero no temas, no me ocurrirá nada —le sonrió Norton.

—No debes ir solo a esa casa, Larry. Es muy peligroso.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

—¿Y qué piensas hacer con el tipo...? —Norma señaló a Monty.

—Se queda aquí, por el momento.

—¿Conmigo...? —Respingó Norma.

—No te molestará, te lo aseguro. Antes de irme, lo dormiré.

—¿Con cloroformo?

—Sí. Aunque el cloroformo que yo suelo aplicar, es muy particular —repuso Norton, y proyectó su puño diestro hacia la sien del matón.

Cara de Mechero se durmió como un bendito.

CAPÍTULO XII

—¿Por qué no vamos a dormir, Frank? —sugirió Lucille Gannon, aunque ella quería irse a la cama por otra cosa.

—Estoy esperando a los muchachos, ya te lo he dicho antes —respondió Frank Hartman.

—Son casi las dos...

—Deben estar al llegar.

—¿Y es preciso que los esperes... levantado?

—Si me acuesto, tendré que levantarme cuando regresen, y eso me molesta.

—En la cama estaríamos más cómodos, Frank... —insistió la pelirroja, que seguía pensando en lo mismo.

—Tendidos en las tumbonas también estamos cómodos, Lucille. Y se está mejor aquí, en el jardín, respirando el aroma de las flores, que en el dormitorio. Hace una noche espléndida.

—Y brilla la luna.

—Sí, con mucha fuerza.

—Pero a ti no te pone romántico.

—Claro que me pone romántico —sonrió Hartman.

—Hace media hora que no me besas ni me acaricias —reprochó Lucille, componiendo un mohín de enfado.

—Porque estoy fumando, Lucille, y no se pueden hacer dos cosas a la vez.

—¿Sabes una cosa? Empiezo a odiar los cigarros. Y tú también deberías odiarlos, después de lo que te sucedió esta mañana.

—¿Qué culpa tuvo el cigarro de que yo le pusiera el pie desnudo encima?

—Si no hubieras estado fumando, no te habrías quemado.

—Y si tú no te hubieses quitado el bikini en la piscina, no me habría caído el cigarro de la boca.

Lucille se alegró mucho al oír aquello.

—¿De veras se te cayó, Frank...?

—Sí. Hay cosas que un hombre no puede contemplar sin impresionarse, Lucille.

La pelirroja, que lucía un ligero vestido de dos piezas, el cual le dejaba los hombros y un palmo de estómago al descubierto, se llevó las manos al cierre de la breve pieza que cubría su exuberante busto.

La mitad de su exuberante busto, más bien.

—¡Eh! ¿Qué te propones? —Respingó Hartman.

—Impresionarte un poco —sonrió sensualmente Lucille.

—¡No te quites eso! ¿Es que quieres que me trague el puro?

Lucille no llegó a desprenderse de la pieza, como era su intención. Acababa de descubrir algo.

—¡Frank! —gritó, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Hartman.

—¡Un tipo está saltando la tapia!

Hartman miró hacia donde apuntaba el brazo de Lucille.

—¡Diablos, es cierto! —exclamó.

—¡Debe ser un ladrón!

—¡Seguro!

—¡Y los muchachos no están!

—No te preocupes, Lucille. Me basto y me sobro para ahuyentar a ese caco de tres al cuarto. No olvides que soy judoca y karateca.

—Pero, con los pies lastimados, no podrás dar muchas patadas...

—Las quemaduras ya casi no me molestan.

—¿De verdad?

—Sí. Tú no te muevas de aquí, Lucille.

—No me moveré, Frank.

Hartman, que ya se había puesto en pie y dejado el cigarro en el cenicero, caminó hacia el tipo que se había atrevido a saltar la tapia del jardín.

Debía ser cierto que apenas le molestaban las quemaduras que tenía en las plantas de los pies, pues, pese a ir descalzo, andaba con normalidad.

Se cubría con un pantalón corto, y una ligera camisa de manga corta, muy llamativa.

El intruso, lejos de huir al verse descubierto, caminó al encuentro del propietario de la casa, pese a que no esgrimía arma

alguna.

Los dos hombres se detuvieron cuando apenas había tres metros entre ellos. Se miraron fijamente.

—Buenas noches, Hartman —saludó el desconocido. Frank Hartman respingó levemente.

—¿Me conoce?

—Naturalmente.

—Yo a usted, no.

—Me presentaré. Mi nombre es Larry Norton, y fui policía hasta hace unos años. El teniente Jackson, que no se fía de ninguno de los hombres del Departamento, pues sabe ya que uno de ellos está comprado por usted, me escogió para ocultar y proteger a Helen Bradford, la joven que presencié cómo Teddy Lenox liquidaba a Raymond Corwin por orden de usted.

Hartman se quedó de piedra.

Como no acertaba a articular palabra, Norton continuó:

—Sus hombres han fracasado, Hartman. Lenox y Bruno están muertos, y Monty, preso. Sólo me falta atraparle a usted. Y a eso he venido.

Los ojos de Frank Hartman brillaron intensamente.

—Hacen falta media docena como tú para atraparme a mí, Norton.

—¿No le parecen demasiados...? —sonrió el investigador.

—Soy un maestro en defensa personal.

—¿De veras...?

—Puedo romperle el cuello con un simple golpe de mi mano —Hartman le mostró el filo de su mano derecha.

—Ya me están entrando ganas de echar a correr.

—Más te valdría.

—Lo he pensado mejor y me quedo:

—¡Tú lo has querido! —rugió Hartman, y saltó sobre el investigador.

Larry Norton burló aquella especie de hachazo que le soltó Frank Hartman, y contraatacó con rapidez.

Y con mucha eficacia.

Sí, porque su puño zurdo se estrelló en la cabeza de su rival, justo sobre la oreja. Hartman quedó sordo del oído derecho.

Y medio tonto, también, por la contundencia del golpe.

Dispuesto a igualar la pelea rápidamente, proyectó su pierna derecha hacia el pecho de Norton, con intención de fracturarle tres o cuatro costillas, por lo menos, con su poderoso golpe de talón.

El expolicía saltó de lado y el pie de Hartman sólo golpeó la atmósfera, lo cual motivó que éste se propinara un gran batacazo.

Norton no esperó a que se levantara.

Lo agarró por la camisa y lo levantó, asestándole entonces un seco puñetazo en el estómago.

Hartman se dobló en el acto, lanzando un rugido de dolor. Norton lo enderezó, propinándole un rodillazo en la cara. Hartman bramó de nuevo.

El investigador le atizó con la zurda, en el mentón. Hartman se tambaleó.

Norton le hundió el puño en el hígado.

Cuando Hartman se encogía, la boca abierta de par en par, porque le faltaba el aire, se encontró con el otro puño del expolicía, que ya ascendía veloz, en formidable de gancho.

Se escuchó un crujido de huesos y Frank Hartman se vino abajo estrepitosamente, quedando inmóvil en el suelo, el rostro hinchado y cubierto de sangre.

Norton lo agarró por los tobillos y lo arrastró hacia la piscina, donde lo arrojó. Lucille Gannon dio un grito y saltó de la tumbona.

—¡Se va a ahogar!

Norton se volvió hacia la pelirroja, a la cual miró como ella se merecía.

—¿Decías, preciosa...?

—¡Hartman, que se va a ahogar! —Lucille extendió el brazo hacia la piscina.

—¿Es que no sabe nadar...?

—¡Claro que sabe nadar! ¡Pero está inconsciente, no puede bracear!

—No te preocupes, guapa. El frescor del agua le hará volver en sí. Mira, ya empieza a bracear. Acércate y verás.

Lucille corrió hacia la piscina.

Era cierto.

Hartman había recobrado el sentido y ya se acercaba a la pared de la piscina, donde se agarró como un náufrago a un tablón, muy minado de fuerzas.

—¡Cómo le ha puesto usted la cara, cielo santo! —exclamó Lucille.

—Se lo merecía —masculló Norton.

—¿Por qué? ¿No es Frank Hartman un hombre honesto...?

—Es un gusano, una rata, una sanguiuela. Vive con toda clase de lujos gracias al dinero que obtiene amenazando a la gente, y si alguien le planta cara, como Raymond Corwin, manda a un pistolero para que lo liquide.

—¡Dios mío, yo no tenía ni idea de eso!

—Pues ya lo sabes.

—¡He compartido la cama con un tipo despreciable!

—A lo mejor en ese lugar no era tan despreciable.

—¿Qué quiere decir?

—Nada —sonrió Norton, y sacó a Hartman de la piscina. Lo dejó tendido en el suelo, boca arriba, e interrogó—: ¿Cuál es el verdadero nombre de Búfalo Rojo?

Hartman no respondió. Norton le mostró el puño.

—Dígamelo o le hago escupir los dientes que le quedan.

Frank Hartman, que ya había perdido cuatro o cinco piezas dentales, se estremeció.

—Donald Claxton... —confesó.

Norton apretó las mandíbulas.

Conocía al detective Donald Claxton. Habían sido compañeros.

—¿Por qué se vendió? —interrogó.

—Al tipo siempre le gustó la buena vida, y con su modesta paga de policía, no podía dársela. Con el dinero que yo le entrego todos los meses, puede permitirse el lujo de llevar a su apartamento a las mujeres más hermosas... y más caras.

—Pues se le acabó la buena vida. En la celda que le destinan, no tendrá mujeres; ni caras ni baratas. También a usted se le acabó el vivir bien a costa de los demás, Hartman. Una jaula le espera. Y temo que se va a morir de viejo en ella —repuso Norton.

EPÍLOGO

Donald Claxton fue detenido y encarcelado aquella misma noche, junto con Frank Hartman y Monty.

El doctor que atendió la pierna de Alec Jackson aseguró que la herida no revestía ninguna gravedad, pues la bala había entrado y salido limpiamente, sin rozar el hueso. Larry Norton y Helen Bradford quedaron solos en la cabaña.

—¿Te llevo a casa, Helen?

—¿A casa...? —Pareció extrañarse la muchacha.

—Ya no necesitas protección alguna.

—Sí, lo sé. Pero es muy tarde, casi las cuatro de la mañana, y me encuentro cansada. No resistiría una hora de coche. Prefiero quedarme a dormir aquí, en tu cabaña, y regresar mañana por la mañana a la ciudad.

—Te recuerdo que sólo hay una cama... —carraspeó Norton.

—Pero es amplia —sonrió pícaramente Helen.

—¿Soluciona eso el problema?

—Larry, tú dijiste que no habría ningún problema... —recordó la muchacha.

—Por mi parte, desde luego, no lo habrá.

—Ni por la mía.

Se miraron largamente.

De pronto, Norton se acercó a ella y la tomó por la cintura. Se besaron con ardor.

Luego, volvieron a mirarse.

—Helen...

—¿Sí, Larry?

—¿Te has enamorado de mí?

—Como una tonta.

—Yo también estoy enamorado de ti.

—Esto empieza a oler a boda.

—Ese punto es precisamente el que quiero aclarar, antes de que entremos juntos en esa habitación.

—Habla, Larry. Te escucho.

—Yo soy enemigo del matrimonio, Helen.

—Lo sé.

—¿Que lo sabes...?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El teniente Jackson.

—No podía ser otro... —rezongó Norton—. Bien, eso me ahorra explicaciones. Ya sabes cómo pienso. Si, a pesar de ello, insistes en pasar la noche conmigo, por mí encantado. Pero luego no me digas que te he engañado.

Helen le sonrió amorosamente.

—Te quiero, Larry, y nada me haría más feliz que ser tu esposa y darte hijos. Pero si tú no quieres que haya boda, no la habrá. Yo no insistiré, te lo prometo. Ni siquiera mencionaré la palabra matrimonio. Aunque, a lo mejor, la pronuncias tú...

—Lo veo difícil, Helen.

—Yo no pierdo la esperanza.

Norton la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, cuya puerta cerró con el pie. La depositó suavemente sobre la cama.

Entre beso y beso, le fue desabotonando la blusa. El tentador lunar quedó visible.

Y todo lo demás, no menos tentador.

Norton perdió unos segundos contemplando tanta belleza. Helen le acarició el cabello.

—¿Defraudado, Larry...?

Norton movió la cabeza en sentido negativo.

—Todo lo contrario. Intuía que tus senos serían hermosos, pero no tanto.

—Tampoco son los de Raquel Welch...

El investigador entornó los ojos.

—¿Por qué mencionas a Raquel Welch?

—Por nada.

—Sí, en tu frase había una segunda intención.

—Bueno, un pajarito me dijo que tú preferías a las chicas de senos súper desarrollados.

—Te habló Alec del sujetador que halló esta mañana en mi apartamento, ¿eh? —masculló Norton.

—Sí.

—Cuando lo vea, le voy a romper la cara.

—Olvídate de Alec, Larry, y bésame. Muy fuerte.

Norton la besó.

Con mucha pasión.

Cubrió de caricias aquel cuerpo joven, esbelto y armonioso, que muy pronto iba a hacer suyo.

Helen Bradford se entregó a él sin reservas de ningún tipo. Deseaba hacerle feliz.

Inmensamente feliz. Y lo consiguió.

Prueba de ello fue que, media hora más tarde, estrechamente abrazados aún, el expolicía le susurraba al oído:

—¿Te parece bien que nos casemos el viernes, Helen...?

—¡Larry! —exclamó ella, loca de alegría, porque ya estaban en jueves, y se apretó con más fuerza aún si cabe a él.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANÍA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

